

*La ira del hombre tibio*

*de José Manuel Fernández Argüelles*



**NOVELA**

# **LA IRA DEL HOMBRE TIBIO**

de

© José Manuel Fernández Argüelles  
<http://www.cuentoscortosarguelles.com>

**Ojalá fueras frío o caliente;  
mas porque eres tibio y no eres caliente ni frío,  
estoy para vomitarte de mi boca.**

**(La Biblia, Apocalipsis 3:16)**

## CAPÍTULO I

Las arañas de patas metálicas se incrustaron en lo más profundo de su cerebro y despertó como si almacenase una pulpa deforme dentro del cráneo. La masa parecía crecer e intentaba expandirse más allá de los límites óseos. Despejó un poco más la niebla del sueño y la realidad se hizo evidente. Lo primero que vio fue una botella de coñac mediada que reposaba sobre la mesa junto a una copa sucia y vacía. Cuando la memoria se quitó de encima todo el sopor que la atrofiaba, Sabas despertó por completo. Le dolía la espalda y el cuello. Dormir sentado, aunque sea en un sillón mullido y ancho, no procura más que tensiones inadecuadas a los músculos y al cerebro, pensó. Fue al incorporarse cuando notó el primer mareo y una arcada que contuvo, pero al pensar en Verónica inició una carrera al baño y expulsó los restos que flotaban en su estómago. Se desnudó con rabia y dolor, y la ducha fría logró que su mente comenzase a colocar las cosas en el sitio habitual para el entendimiento. Minutos después, desnudo y mojado, hizo un viaje sin sentido al salón en el que había dormido. Dejó que sólo la luz del pasillo iluminase la estancia. El reloj de la pared avisaba de la hora temprana: las seis y media. Sabas recordó que las manecillas fluorescentes del chivato del tiempo habían gritado las tres de la madrugada cuando, adormilado y aún borracho, escuchó la entrada de Verónica con pasos cargados de sigilo hasta la habitación. Después, el alcohol tragado en la soledad de la espera le hizo caer en la inconsciencia de un sueño no deseado. Era una rememoración confusa de la noche pasada, como todas las que vienen envueltas en coñac, pero cierta y con el sabor mucho más amargo que el padecido ahora por el dañado estómago.

Transcurría despacio Octubre, y la noche no tenía intención de sucumbir en un amanecer para el que aún faltaban casi dos horas. Sabas, desnudo, mojado y apoyando la frente en el cristal de la ventana, no veía la calle solitaria iluminada por los blancos faroles que procuraban una isla de luz a la pequeña urbanización de casitas adosadas. Sabas tenía los ojos en su interior, viviendo los recuerdos.

La tarde anterior, cuando llegó a su casa, y tras guardar el viejo Fiat en la cochera, recibió la llamada de Verónica. Ya había notado la ausencia del otro coche, el de ella, por lo que esperaba el sonido de pitidos melódicos que le requirió al teléfono para la oportuna explicación, que, en cualquier caso, ya suponía. Ella estaba en la ciudad, quizá se habían cruzado, le dijo. Su padre había regresado a casa tras la operación en el hospital y convalecía doliente en su propia cama. Se iba a quedar con él hasta tarde. No sabría decir la hora. Todo correcto. No, no hacía falta que él fuese también. ¿Para qué?

Se encontró ridículo en la oscuridad del salón, la frente apaciguando la calentura en el cristal de la ventana, desnudo y con el frío de la humedad entrando en su cuerpo debilitado por los efectos colaterales de la bebida.

Fue hacia la habitación en la que dormía Verónica para vestirse en silencio, aunque era muy improbable que ella despertase, no sólo debido a la hora de su regreso, sino por disfrutar siempre de un sueño apacible y profundo. Sabas se alegró, sin intentar comprender su cobardía, por no tener que enfrentarse ahora con su mujer. Prefería dejar las preguntas para más tarde. Lo cierto es que esperaba que fuese ella quien diese las respuestas sin que las dudas hubiesen sido formuladas. Las verdaderas respuestas, pues cuando la

noche anterior él había llamado sobre las once a sus suegros, Verónica hacía poco que se había ido.

-Sin cenar -le informó su suegra-, pues dijo que lo haría contigo.

-Y el viejo, ¿bien?

-Mejor, gracias.

Pero Verónica no llegaría hasta la madrugada.

Sacó el coche a la calle y emprendió el corto viaje hacia su trabajo en la ciudad. Era demasiado temprano, pero no podía soportar el silencio de la vivienda ni el tranquilo dormir de su mujer. Dejó atrás las casitas adosadas que imitaban un pequeño pueblo perfecto y cuadriculado, como crecido de pronto en medio de los pastos, pero a sólo unos minutos del centro. Sea usted feliz en plena naturaleza y al lado de su ciudad; pero ellos no habían sido felices a pesar de la insistencia que aún mostraba el cartel publicitario en el límite de la urbanización.

Sabas recordó que fue al poco tiempo del traslado a esta nueva residencia cuando comenzaron las ausencias de Verónica, aunque ninguna tan evidente como la de esa noche. Hasta entonces habían sido algunas tardes que él llegaba más temprano de lo habitual y ella, horas más tarde, hablaría de una amiga que la llamó, de una visita a la peluquería, de... Aunque lo peor eran los silencios dentro de la nueva casa, las noches que ella se acostaba más tarde que él, cuando ya le suponía dormido, los fingimientos de ella para no enterarse cuando rozaba su cadera bajo unas mantas que se convertían en fría y húmeda escarcha. Así era desde hacía unos meses. Y ahora, una noche fuera. Habría una razón sin duda. Verónica se la explicaría esta tarde cuando él volviese. Siempre se pueden explicar todas las cosas. También esta.

Sabas no tardó más que unos minutos en ver el cielo nocturno del cercano horizonte pintado por las luces de la ciudad. Ese fulgor rosado quebrantaba la oscuridad difuminándose en ella y hacía presentir los edificios que en poco tiempo le absorberían. Al ser una hora temprana, no encontró el tráfico habitual de los coches que como el suyo se sumergían a diario en las calles que los llevarían a destinos muy poco variados. El trabajo amanecía para todos a la misma hora.

Pasó frente al edificio en el que vivían sus suegros, y aunque no le hacía falta miró la hora enmarcada en el reloj del salpicadero. Poco más de quince minutos era lo que se tardaba en llegar de una verdad a una mentira. Deseó no pensar más en ello. Quería que la mañana pasara sobre él concentrado en su trabajo para, con el momentáneo olvido, ignorar el dolor de un matrimonio enquistado en los silencios, las dudas, el aburrimiento y, probablemente, las mentiras. Aunque no sólo su relación con Verónica era la que anunciaba la catástrofe, también su vida se había convertido en un paseo tranquilo pero desgano y plagado de dudas para las que no sabía tan siquiera hacerse las preguntas adecuadas. Sabas hizo un gesto de rabia al tiempo que frenaba con violencia ante un semáforo en rojo. No pensar más, esa era la solución inmediata. Al menos serviría como paliativo las próximas horas. La existencia también puede ser así: vivir por plazos de unas pocas horas.

Dos semáforos más en rojo, y después enfiló el coche hacia el aparcamiento subterráneo en el que todos los días reposaba hasta el fin de la jornada laboral. Rodó, hundiéndose por la rampa, pasó la tarjeta por el automatismo que elevaba la valla y buscó un hueco, fácil de encontrar a esas horas, entre largas filas de metal inmóvil. Aparcó, por fin, al lado de un

Mercedes negro, apagó el motor y abrió la puerta con descuido para saltar fuera del coche. Con la suya, golpeó levemente la puerta del otro vehículo, y Sabas quedó unos segundos inmóvil en su asiento, con una pierna en el suelo y la otra dentro. Echó un vistazo con disimulo al Mercedes y le pareció ver un minúsculo roce, apenas perceptible. A continuación miró hacia el interior del otro coche y vio que su ocupante estaba dentro, por lo que se mantuvo a la espera de la posible reacción del dueño del Mercedes; pero como esta no se produjo, acabó por salir de su Fiat verde botella, cerrarlo y ponerse a andar en busca de la salida como si nada hubiese ocurrido. Tras unos pasos, oyó a su espalda abrir y cerrar la puerta del coche dañado. Ralentizó su paso por no sentirse un cobarde en plena huida, pero no escuchó, tal como esperaba, voz alguna proveniente del supuesto perseguidor. Aún así, no soportó más su actitud de vil escapista y se giró para encararse al otro conductor. Lo vio avanzar con los pasos torpes de las personas muy gruesas. Se trataba de un tipo alto y gordo, veinte años mayor que Sabas por lo menos, vestía un traje elegante aunque arrugado y llevaba un maletín en la mano; su rostro era serio, pero inspiraba simpatía. No parecía prestarle atención, así que Sabas, en un arranque de inesperada honradez, de la que él mismo se sorprendió, detuvo el caminar del otro.

-Lo siento, no vi que estuviese dentro del coche.

Era mentira, pero se podía entender como una justificación para iniciar la disculpa tardía.

-¿Cómo dice?

El gordo agarró fuerte el maletín que llevaba y giró con dificultad su enorme cuerpo para alejarse, parecía inseguro y preocupado, aunque no

asustado. La mano que le quedaba libre se ocultó bajo la chaqueta. Sabas sí estaba algo nervioso y ya se arrepentía de su exceso de civismo, pero no podía rectificar.

-Es que temo haber golpeado su coche al abrir mi puerta. Estas cosas suceden aquí con frecuencia. A mí también...

El otro no le dejó terminar la frase. Volvió hasta su vehículo, miró con rapidez la puerta sin mostrar mucho interés y enseguida volvió hasta Sabas, que le esperaba quieto, aguardando el dictamen.

-Amigo, yo no veo nada. Claro que mi vista ya no es lo que era.

-Creo que tiene un roce muy pequeño, con un disolvente desaparecerá. Debí prestar más atención al salir, lo siento.

El gordo se le quedó mirando unos segundos. Sus ojos no pestañeaban, y Sabas los sintió hurgar dentro de su cerebro como expertos sabuesos. Por fin, el dueño del Mercedes pareció tomar una decisión. Sonrió sin esfuerzo, y dijo:

-Ser tan honrado no puede traerle nada bueno, joven.

El viejo gordo parecía ahora más relajado y resultó dado a la palabra fácil, y como Sabas era un buen oyente y poco propenso a dar a luz sus pensamientos, en el corto trayecto desde el subterráneo a la calle lograron una rápida compenetración. Así Sabas se enteró de que el otro se llamaba Zenón Hidalgo, le gustaba la cocina vasca, aunque era madrileño, o quizás por eso mismo, dijo él, y que se dedicaba a sus negocios al igual que las mujeres se dedican a sus labores; toda esta información fue adornada con disertaciones complementarias que hacían su discurso ameno y afable. Al salir del

aparcamiento, una vez subidos los pocos escalones que permitían llegar a la calle, Zenón detuvo su perorata con un último comentario.

-Parémonos un momento, que me ahogo. ¡Malditas escaleras! ¿En provincias no conocéis la utilidad de los ascensores?

-Había uno, ¿no lo vio, usted?

-¡Cojones que no! Llevo dos días perdiendo el aliento y resulta que tenéis escondido un ascensor sólo para los lugareños.

-Será para los minusválidos y los que portan peso; las escaleras son cuatro y no merece la pena...

-Muy gracioso, amigo mío. Después de arruinarme el coche, me llama usted inválido y gordo.

Sabas, como era corriente en él, no supo responder a la ironía o la broma, pues no acertaba a diferenciarlas de la seriedad precisa con la que medía las pocas palabras que usaba.

-No ponga esa cara, muchacho, que era guasa. Ya veo que contando chistes no tengo futuro con usted. Y me los sé de toda España. Desde los cachondos del sur hasta los sutiles del norte, y no hablo de los que salen por la tele o los que braman los borrachos en los bares. Hasta conozco alguno catalán, pero muy malo.

Sabas sintió la obligación de justificarse, y aclaró que no sabía ningún chiste y además no solía encontrarles mucho sentido, pero a media explicación fue interrumpido por su inesperado acompañante, el cual, a parte de dicharachero, parecía muy perspicaz a pesar de que aparentaba estar siempre distraído con su sempiterno parloteo.

-No, no me lo explique, cada uno tiene sus desgracias; la mía está en la barriga y la suya en la cabeza, pero de todo tiene que haber en la calle. Y cambiando de conversación, es muy temprano para que empiece a trabajar, ¿no? Malo cuando uno madruga sin motivo. O se acuesta muy temprano, y pierde la alegría de media noche, o lo echan o escapa. No, no me diga cual es su caso. Solo tengo que verle la cara. ¿Qué le parece si tomamos un café mañanero?

Sabas estaba intentando asimilar todo lo escuchado cuando se encontró arrimado a la barra de un bar mientras Zenón pedía dos cafés.

-El mío negro, bien cargado y con diez gotas de anís; para mi amigo sólo negro y más cargado. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

-Sabas, me llamo Sabas.

-Nuestros padres debían estar borrachos cuando escogieron los nombres. ¿Y qué habrá de bollería en este garito?

Sabas volvió a perder mucho tiempo buscando palabras para los comentarios dispares del otro, según parecía ser su hábito, así que no tuvo tiempo para decir nada, pues Zenón reemprendió lo que ya se había convertido en un monólogo.

-Hablo mucho, muy rápido y cambio de un asunto a otro zampándome hasta las comas, ¿verdad? Si eso le desconcierta, consuéllese; les ocurre a todos. Mi mente es un torbellino. Sólo me callo cuando como o me preocupo por algo serio. Ahora, cuando empiece con el cruasán, podrá cantar todo cuanto quiera.

A continuación tomó de encima del mostrador el anunciado bollo y comenzó a comerlo con poco recato y mucha glotonería. Sabas poco tiempo

tuvo para hablar; sólo hizo algún comentario sobre su nombre y la bondad del tiempo ese mes de Octubre, pero el otro le interrumpió enseguida, mientras se quitaba con la mano las últimas migas alrededor de la boca.

-Bueno, muchacho, he de irme. Tengo una cama de hotel para dormir dos horas. Con eso ya está Zenón como nuevo.

Soltó sobre el mostrador un billete de diez euros, dio una palmada en el hombro a su nuevo y efímero amigo, y salió con sus andares tan ladeados como torpes. Sabas pronunció un sorprendido *adiós* antes de encontrarse solo, a excepción del distraído camarero, al que tuvo que explicar que la generosa propina era de quien acababa de irse, no suya.

Seguía siendo temprano para acudir a la oficina de Seguros Ónix, que dos portales más allá ocupaba toda la primera planta del edificio, lugar en el que Sabas esperaba pasar una mañana y parte de la tarde en la tarea de no pensar más que en su trabajo. No sería fácil, pero de momento tenía una buena disculpa para engañar los malos recuerdos: la enorme figura del tal Zenón bien podía ocupar todo el espacio de sus pensamientos. Su capacidad reflexiva era lenta e insegura, pero constante. Rememoró con detalle el encuentro del aparcamiento, sus dudas y miedos para confesar el pequeño golpe en el Mercedes, el gesto de Zenón sujetando con fuerza el maletín, su otra mano buscando algo bajo la chaqueta: ¿qué podría ser? ¿Una pistola? No, un hombre tan amable no tendría ese acto reflejo por hablar con un desconocido... y menos llevaría una pistola. ¿Y el maletín? ¿Tan valioso sería? Lo cierto es que no lo soltó ni para zamparse el cruasán ni tomar de dos tragos el café. Sebas decidió que eran muchas cábalas para las que únicamente la imaginación perversa tendría solución, por tanto, mejor sería no persistir en

roerlas. Tomó el penúltimo sorbo de café y miró el reloj. Faltaban veinte minutos para las ocho.

Entró Adrián en la cafetería y, tras una leve duda en el entrecejo, se dirigió hacia Sabas con un teatral gesto de extrañeza. El acodado en la barra, que aún luchaba por no pensar en nada más que su café, se vio sorprendido por la mano en el hombro de su compañero y jefe inmediato en el trabajo.

-Ya somos dos madrugadores, Sabas.

El nombrado padeció un segundo de sobresalto, pero pronto reconoció a su amigo. Ambos habían empezado al tiempo en Seguros Ónix, los dos estaban a un paso de los cuarenta, habían estudiado juntos en la universidad, se habían casado con meses de diferencia y ninguno tenía hijos. La disparidad estaba en que Adrián llevaba dos ascensos en los últimos tres años y siempre sonreía.

-Hola, Adrián. Hoy parece ser que no tenía sueño y me planté aquí demasiado temprano.

-Lo que tienes es mala cara. ¿Te ha ocurrido algo que yo no sepa?

Sabas retuvo la respuesta con un sorbo de café, alargó el silencio mientras apartaba la taza y después miró su reloj para dilatar la reflexión. Durante esos segundos sopesó confesarse con su amigo, desahogar el daño que le minaba, compartir el peso para darle apariencia más liviana, pero su natural mutismo se impuso con esa mezcla de vergüenza y desgana que siempre prevalecían en su vida; por eso, su respuesta fue otra de sus huidas.

-Estoy bien, ¿Y si nos vamos ya?

-Faltan quince minutos para las ocho. Espera a que enfríe mi café. Si lo tomo como está, se me va a quedar una cara como la tuya.

Sabas no rió la gracia, aunque el otro sí exteriorizó el humor que siempre le rodeaba como un aura. Adrián lanzó al eco de las paredes su risa, después tomó un sorbo de la humeante taza y, antes de depositarla en el mostrador, manoteó sobre éste para limpiar las migas de un cruasán.

## CAPÍTULO II

A través de la persiana mal bajada, un sol blanco invadió la habitación de la dormida Verónica. La luz sobre su cara quebró el ritmo del sueño, y la mujer entreabrió los ojos con un pestañeo sorprendido. Una vez despierta, el pensamiento la llevó a la noche anterior, de grato recuerdo, pero una punzada de malestar la invadió al recordar a su marido durmiendo en el sillón con la botella de coñac casi vacía al lado: no era esa una actitud normal en Sabas.

Ella había urdido bien el plan, aunque no esperaba retrasar tanto la llegada a casa, pero la disculpa de estar con sus padres era válida. No tiene nada de extraño velar a un convaleciente, y más si es tu padre. Esta idea la reconfortó. No quería discusiones con su marido. Lo cierto es que no quería nada de él y menos malos gestos, silencios tensos o palabras duras de reproche dolorido. No quería nada de Sabas excepto que la dejase tranquila. No la estorbaba mientras fuese un mueble más de la casa. En el futuro pudiera ser necesario replantearse este fingimiento de vida en común, pero ahora era demasiado pronto. Unos meses de aventura fructífera con otro hombre no tenían el peso suficiente para tomar decisiones definitivas ni emprender rupturas que significasen el fin de una vida cómoda, por no hablar de los reproches que su propia familia le arrojaría. ¿Cómo le haces esto al bueno de Sabas?, diría su madre, sin duda. Y su padre enfermo. Mejor así. Mientras el aburrido con el que se había casado no resultase molesto, la vida podía seguir como hasta este presente insulso. Pero allí estaba aquella botella de coñac casi vacía. Se avecinaba un fin de tarde bronco, temió.

Verónica limpió los restos de la mala noche de su marido, aireó el salón, cargado con el aire ponzoñoso de rencores aún no definidos, guardó la botella de coñac y vació un cenicero rebosante de colillas estrujadas con rabia o ansiedad. Acabado el maquillaje del lugar, decidió llamar a casa de sus padres; una molesta intuición le decía que así iba a encontrar la explicación del anómalo comportamiento de Sabas.

-Mamá, soy yo. ¿Qué tal pasó la noche papá?

La conversación telefónica deambuló durante unos minutos entre comentarios sobre el buen estado del enfermo y consejos caseros para su mejor recuperación. Por fin, Verónica hizo la pregunta que tenía preparada. Nada que la descubriese, por supuesto.

-Oye, mamá, después de irme, ¿fue todo bien?, ¿pasó algo?

-Ya te dije que tu padre tuvo una buena noche. Nada ocurrió. Bueno, sólo que llamó tu marido para interesarse, pero tú acababas de irte.

Tras cuatro palabras más, Verónica colgó. Si Sabas conocía su hora de salida, después de quince minutos de espera la habría llamado al móvil, que ella tendría apagado, y comenzaría a especular y a beber. ¿Se despertaría cuando ella entró en casa a las tres de la madrugada? Sus temores ante una velada de preguntas incómodas le provocaron un molesto dolor de cabeza. ¿Por qué su marido no pudo haber pensado en un accidente que justificase el retraso? En lugar de eso se dedicó a beber, lo que probaba que daba por supuesto algo mucho más cercado a la verdad. ¿Le había dado motivos para tener indicios? El malestar incómodo intensificó la presión, y Verónica tuvo la necesidad de hablar con el único que podía aliviarla. Siempre lo hacía. Volvió a

descolgar el teléfono, y con cada pulsación de los números sentía que la opresión de la incertidumbre iba perdiendo intensidad.

-¿Adrián? Soy yo.

Él comenzó a hablar en voz baja, como ladrón escondido, y Verónica escuchó las frases que ya esperaba: que si es mejor que no me llames a la oficina, que puedo decir alguna palabra poco prudente, que ya sabes quién anda cerca...

-Cerca te quiero yo, bobo. Ya te dejo, pero hoy quiero almorzar contigo. Sales a las dos de la tarde, ¿no es cierto?, pues vas a la carrera hasta Yedra y me encuentras sentadita y con la comida encargada para aprovechar bien esa hora que tenemos antes de que vuelvas al trabajo.

Durante la despedida, y como ella también había supuesto, oyó que él, con ironía, pero sin malestar, alababa sus gustos *sencillos* cuando escogía restaurantes. ¡Que caramba, lo más elegante habría de envolver esta aventura!

Verónica se encontró mejor. La perspectiva de estar con Adrián, aunque sólo charlasen, era suficiente para que los labios pintasen sin esfuerzo el gesto de la sonrisa. Además, de esa conversación sacaría alguna información de cómo estaba su marido. Los hombres, entre amigos, lo cuentan todo, aunque el anodino de Sabas sería, con toda probabilidad, la excepción. Ese siempre guarda las palabras como monedas bajo una losa, rió la mujer. De todas formas, contaba con que su amante pudiera haber notado algo raro en el otro y hubiese podido extraerle alguna confesión. De eso no podían hablar por teléfono, por supuesto, pues Adrián se vería obligado a improvisar estupendos juegos de palabras para explicarse y sólo ser entendido por ella. Aunque quizá hubiera podido lograrlo. Era un *boca fácil*, como su madre definía a los que

entendía como charlatanes engatusadores. Verónica contradijo mentalmente tal afirmación. Adrián era un cuentista maravilloso y entretenido, además, con la boca sabía hacer muchas más cosas, las cuales, sin duda alguna, a su madre ni se le pasaban por la imaginación. Rió dejándose escandalizar con agrado por la imagen materna contrapuesta a la sensualidad de Adrián. Su marido pasó a ser un problema que resolver a última hora de la tarde, y antes tenía sesenta largos minutos para beber de la presencia de su amante. Comenzó a sentirse bien y ser feliz de nuevo.

Verónica llegó al restaurante Yedra a las dos en punto de la tarde. Antes había pasado una hora con sus padres, intentando averiguar con preguntas rebuscadas e indirectas el contenido exacto de la llamada telefónica de su marido la noche anterior, llegando a la conclusión que había sido una conversación de cortesía, sin comentarios que pusiesen a sus padres en guardia o que evidenciasen alguna suspicacia por parte de Sabas. A pesar de la sutileza con que llevó esa búsqueda de información, su madre tuvo un atisbo de inteligencia.

-¿Es que no hablaste ayer con tu marido? ¿Nada te dijo él?

-Mamá, Sabas habla tan poco...

Sentada a la barra del bar en Yedra, y tras encargarse comida para dos, pensó en la mirada suspicaz de su madre. No se explicaba cómo podían congeniar tan bien su marido y ella. Sabas era aburrido y la otra poco habladora. Podían estar horas juntos sin intercambiar más de cuatro palabras, pero existía una incomprensible empatía entre ellos. Ese era uno de los

temores de Verónica ante el posible derrumbe de su matrimonio. No podía superar el temor a la mirada de reproche de sus padres. Eso y que le gustaba la vida cómoda, sin dramas y cambios de rumbo bruscos que obligarían a replantearse toda la existencia. Y menos mal que no tenían hijos. Las cosas estaban bien así. Al menos de momento.

Cuando entró Adrián en el restaurante faltaba un minuto para las dos y cuarto. Verónica se felicitó a sí misma por la precisión de su cálculo. Con la puntualidad del hombre ya contaba. Se besaron en los labios con una pasión que, aunque comedida, llamó la atención de algún camarero y varios clientes del lugar, y Verónica no dejó de notar que Adrián miraba hacia los lados tras el beso. Siempre lo hacía cuando ocurría en un lugar público. Era una huida posterior aunque momentánea, un tic que a ella la ofendía, pues le gustaba retener su mirada tras el contacto de las bocas.

-No mires tanto, que aquí no está la loca de tu mujer y mucho menos el bichito molesto que tengo por marido.

-De eso estoy seguro. Ninguno de los dos entraría en un lugar como este ni aunque pisasen en la calle un billete de quinientos euros. Tu marido prefiere la tasca al lado de la oficina y Rosaura un bocadillo.

Pasaron enseguida de la barra del bar a la mesa reservada, ya que el tiempo era escaso, como Adrián repitió un par de veces, haciendo un gesto de hombre sufrido, aunque daba por supuesto que hoy llegaría tarde al trabajo vespertino.

-Eres uno de los jefes, puedes permitirte algunas licencias, ¿no?

-Jefecillo, dejémoslo en eso. Y sí, puedo tener cierta relajación en el horario.

No esperó más Verónica para preguntar por su marido, tras contar a su amante cómo lo había encontrado la noche anterior y el hallazgo de la botella en la mañana.

-¡Una botella de coñac! Ahora me explico la cara que tenía hoy. Pero no me hizo ningún comentario sobre ti. Y conmigo se comportó como todos los días, así que no debemos preocuparnos, pero sí ser más prudentes con el horario.

-¿Y la loca? ¿Aceptó bien tu mujer lo de la cena con los del club de fútbol?

La esposa de Adrián era de carácter inestable. Tan pronto daba apariencia de apatía como estallaba en un alarido de rabia, y todo sin una causa aparente que lo explicase. Tras media docena de visitas a un psiquiatra había decidido que su comportamiento era natural y que el asombro de los que la rodeaban era problema de ellos, incluido su marido.

-Anoche Rosaura dormía como en los mejores momentos de nuestro matrimonio. No pienses en ella, sé controlarla. Quien comienza a preocuparme es Sabas.

-Seremos más discretos a partir de ahora o buscaré mejores disculpas. La de ayer era buena, pero, como en todo plan perfecto, siempre hay un detalle imprevisto.

Dejaron de hablar de sus cónyuges cuando un camarero comenzó a servirles. A partir de entonces Adrián aderezó cada bocado con palabras de amor, un poco melosas, pero siempre agradables al oído, y con historias

divertidas que hacían de los minutos, segundos. Verónica se encontraba en un estado de paz tan grato que la felicidad le hizo olvidar a su marido, a Rosaura y a todo el entorno, el cual se transformó en un decorado para ellos nada más. Sólo existía un alfiler clavado en la espalda de aquel ensueño: antes de una hora habrían de separarse. ¡Qué maravilloso sería, en cambio, tras los postres y una copita de algo dulce, irse a la cama del hotel nocturno en el que se habían ocultado hacia poco más de doce horas!

-¿En qué piensas? Yo atragantándome con la comida de tanto parlotear y tú ni me escuchas.

-Pensaba en una cama y un hotel discreto.

Él tomó la mano de ella por encima de la mesa y se produjo un silencio en el que las miradas iniciaron el lenguaje de los secretos. Ese momento marginal, en el que dos personas son ajenas al mundo, se quebró en pedazos de cristales rotos cuando el hombre gordo de la mesa de al lado les interrumpió.

-Perdonen, ¿alguno de ustedes tendrá fuego?

Adrián, como accionado por un artilugio mecánico, retiró su mano de encima de la mesa y pareció despertar de un sueño. Verónica, aún en la misma postura de embeleso y con la mano abandonada sobre el mantel, sólo fue capaz de girar la cabeza y mirar con odio hacia aquel hombre grande y grueso que tenía un maletín negro pegado a sus pies y un enorme cigarro en la boca.

-Es que mi mechero ha dicho basta, y un buen puro después de tan provechosa comida es imprescindible.

### CAPÍTULO III

Tras el trabajo, Sabas condujo más despacio de lo habitual en el viaje hasta su casa. Parecía no desear enfrentarse a las explicaciones de la esposa, a sus posibles mentiras, que serían tan esclarecedoras como una verdad. El corto trayecto, junto con la escasa determinación que le definía, le impidieron planear algún tipo de iniciativa, por lo que cuando se introdujo con el Fiat verde en la cochera de su chalé, aún no sabía qué decir a Verónica y mucho menos qué actitud tomar ante las posibles respuestas. Tenía esa mezcla de miedo y ansiedad que era el mayor tormento imaginable para un hombre como él, de carácter blando e inseguro.

Fue en el preciso instante en que quitaba el contacto al motor del coche cuando se hizo las preguntas más importantes. Surgieron en su mente como una explosión de lucidez poco frecuente en él. ¿Amo a Verónica? ¿Mi angustia ante su posible pérdida es por amor o debido a un sentimiento de propiedad? ¿La quiero conservar a mi lado sólo para afirmar mi hombría? Como siempre, Sabas no lograba responder a sus propios interrogantes. Si no alcanzaba a preguntar algo tan sencillo como ¿dónde estuviste ayer hasta las tres de la madrugada?, más imposible aún le resultaba contestar a cuestiones complejas como las planteadas al girar la llave del coche.

Entró en su casa tras subir la escalera interior que comunicaba la cochera con el interior de la vivienda. Nada más poner un pie en el pasillo oyó el sonido del televisor y avanzó hasta el salón con pasos cortos, pisando con la levedad de quien procura no molestar. No había motivo para este sigilo, pero el cuerpo adoptaba la actitud timorata de su cerebro.

Verónica miraba la televisión con aparente interés, y sólo desvió un breve instante los ojos hacia Sabas cuando este entró y quedó en silencio de pie, mirando también para la pantalla que aconsejaba comprar un eficaz producto de limpieza.

-Has tardado en subir.

-¿Qué?

-Desde que oí *apagar* el coche hasta que subiste, que has tardado mucho.

-¡Ah, ya! Sí, es que estaba pensando.

Tras el corto diálogo, ambos mantuvieron un silencio de apariencia tan natural que se diría estuviesen interesados en una crema para la piel femenina de milagrosos resultados, según el nuevo consejo televisivo. Y aún sus ojos quedaron pendientes de otro líquido limpiador y el aviso de sorprendentes ofertas en un gran centro comercial. Ella, sentada con la espalda rígida, y él de pie con los brazos colgando indolentes a lo largo de un cuerpo levemente inclinado hacia delante, como quien espera un golpe. Uno de los dos tendría que decir algo, ambos lo sabían; era imposible mantener aquella situación tensa y ridícula más tiempo.

-¿Pensando?

-¿Cómo?

-¿Estabas pensando dentro del coche?

El diálogo era de apariencia normal, nada crispado. Parecía la conversación cotidiana y amable, rutinaria y superficial de un matrimonio que sólo necesitase de palabras sencillas para mantener una apacible convivencia. No era así, y esa última pregunta podía ser la espita de gas abierta, la bala en

la recámara, la oportunidad para que Sabas dijese lo que había reflexionado sobre su vida en común y la necesidad de conservar a su mujer, y desde esa explicación hasta el disparo directo, a bocajarro, mediaba sólo el breve tiempo de pronunciar una pregunta, ¿tienes un amante, Verónica?; pero Sabas no la hizo, su mente se quedó enquistada en la situación imaginaria del matrimonio tranquilo hablando por hablar y pasar el tiempo. Era una imagen grata, ajena al dolor de la verdad.

-Meditaba sobre cosas del trabajo. Nada importante.

-Entonces, ¿todo está bien?

-Claro. ¿Y tú? ¿Alguna novedad?

-Todo bien, cariño.

-¿Y tu padre?

-Cada hora mejor.

Sabas dejó que el encanto de la aparente paz conyugal le engañase, y tras un gesto con la mano, a modo de despedida entre cómplices, dejó en el salón a su mujer padeciendo nuevos consejos televisivos y fue a la habitación para tumbarse en la cama sin tan siquiera descalzarse. Miró hacia el blanco techo limpio de casa joven, y tras unos minutos de lucha contra la razón, hubo de reconocer que todo había sido mentira. Cada palabra y cada silencio eran todo lo contrario de lo dicho y lo dado por supuesto en mutismos de falso entendimiento. Era mejor así. La mentira de una puerta abierta hacía menos daño que el golpe contra ella al intentar abrirla: la solución era no intentar atravesarla.

En el salón, Verónica respiraba tranquila. Todo había ido bien. Quizá su marido guardase dentro algún resentimiento, alguna sospecha poco definida,

pero era evidente que no quería enfrentarse a los problemas, siguiendo su costumbre de hombre tibio. El tiempo y una mayor discreción por su parte haría que calmase del todo, o al menos lo suficiente para que diese por buena una forma de vida familiar sujeta con hilos de engaños sutiles e implícitamente consentidos. No era mala idea. El primer paso parecía dado por él, y Verónica se felicitó por su suerte. Sonrió como si fuese divertido que un champú se transformase en la reina de los aires, al menos eso mostraba la pantalla que miraba sin ver.

A pocos kilómetros de la situación anterior, y habiendo llegado a su casa poco antes que Sabas, Adrián veía, junto a su esposa Rosaura, el mismo anuncio televisivo del champú. Tanto el uno como el otro, Adrián y Rosaura, anclaban sus ojos en el rectángulo luminoso como disculpa para el silencio que los protegía. El final de la tarde pasaba lenta para ambos, pero era un tiempo ralentizado muy distinto para los dos. Adrián se aburría, ese era todo su pesar; estaba acostumbrado a dejar que su pensamiento derivase en palabras sin continencia, pero con su esposa todo había sido dicho alguna vez, o al menos le faltaba el aliento de la novedad para inventar los vocablos que en otras ocasiones con tanta facilidad acudían a su boca. Por su parte, Rosaura, tenía el pensamiento fijo en una sola idea: que la abrazase Adrián como lo hacía años atrás. No acontecía tal sueño, y el tiempo vomitaba sus minutos con el hastío de lo cotidiano. Para ella el tiempo era una lucha contra sus pensamientos, que divagaban sin sujetarse a nada; iban de los extremos más tranquilos a los más furibundos sin otro motivo que el no poder detenerlos. Así tan pronto podía estar apacible, tal que en ese momento, fingiendo ver la

televisión y recordando tiempos de abrazos y risas, como en el minuto siguiente explotar con gritos de reproche por una nadería, sólo importante para ella. Sabía de su problema, y lo había hablando muchas veces tanto con Adrián como con el doctor, pero un día resolvió que no tenía más solución que los demás la aceptasen así. No estaba segura de cuándo había tomado esa decisión, pero era probable que hubiese sido desde la ausencia de aquellos abrazos y las risas del que ahora permanecía serio, inmóvil y silencioso a su lado.

Cuando sonó el teléfono en el pasillo de la casa, tanto Rosaura como Adrián sufrieron un sobresalto. Más que la campana para el descanso entre asaltos en un combate, fue la señal de salida para una competición aún por determinar. Adrián se lanzó fuera del salón, y ya estaba a mitad del recorrido necesario para coger el sonoro aparato cuando su mujer aún no había hecho más gesto que el de observar atentamente su reacción.

. -Sí, diga, ¿quién llama?

-¿Peluquería Anita?, soy Verónica Arizabal

-¡Ah!, hola. ¿Qué tal va todo por el club?

-Bien, bien, el peinado se mantiene.

-¡Estupendo! Así que no hay problema con ningún jugador.

-¿Problemas? No, ninguno, pero necesito pedir hora para cortar las puntas y peinar.

-¿Una reunión? Bueno, ya me dirás cuándo la convocáis.

-¿Podría ser mañana por la tarde, sobre las seis?

-Mañana a las seis, bien. Apuntado. El local de reunión de costumbre, ¿verdad?

-Claro, seré puntual.

No había acabado Adrián de despedirse cuando Rosaura estaba gritando el sempiterno vocerío sobre el fútbol, un discurso que el hombre sabía de memoria, tanto en su texto como en el tono, así que sólo hizo un leve esfuerzo por intercalar, entre grito y exabrupto de ella, que “mañana por la tarde hay reunión de la directiva del club para solventar problemas económicos con los nuevos jugadores del equipo”.

Volviendo a la otra casa, Sabas era un puño apretado hasta el dolor, aunque pareciese un manso tendido sobre la cama si se ignoraba su vestimenta, chaqueta y zapatos incluidos. Había oído las palabras de Verónica al teléfono, y esperó hasta escucharla sentarse de nuevo en el sofá del salón para sacar su móvil del bolsillo superior de la camisa, después buscó en la pequeña agenda de la cartera que llevaba en el pantalón, y no tardó en dar con el número que le interesaba.

-Dígame, aquí Peluquería Anita.

-Soy el marido de Verónica Arizabal, que acaba de llamar pidiendo hora para mañana, pero no la anotó y está confusa entre las cinco y las seis, ¿me lo puede confirmar? Es que se avergüenza de preguntarlo ella misma.

-Un momento... No recuerdo yo... No, no está apuntada. Yo diría que aquí no llamó nadie últimamente, señor. Quizá habló con otra peluquería; aunque es clienta nuestra, por supuesto.

Sabas se disculpó, dio las gracias por la amabilidad y, con un gesto lento y apacible, poco acorde con su estado, oprimió el botón que interrumpía la comunicación.

¿Qué habría de hacer ahora? Esa pregunta golpeó los huesos que contienen el cerebro tantas veces que llegó a perder su significado. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Sabas era un hombre de reacciones lentas; firmes, pero muy calmas. La única certeza que le retenía prendido a la razón era que no deseaba enfrentarse a una disputa de reproches y negaciones, de preguntas y mentiras.

-Querido, has oído que mañana tengo peluquería, ¿verdad?

La voz de su mujer le llegó desde el salón tamizada por la puerta cerrada de la habitación, pero su tono ligero, como un comentario banal y cotidiano, aumentaron a un tiempo la ira y la indecisión. No supo qué contestar.

-¿Me has oído, cariño?

-Sí, te he oído.

Sabas logró, por fin, sujetar una idea en su cabeza. No tenía mucho sentido, no era, ni mucho menos, una solución; quizá nada más que una necesidad, pero en ese instante le pareció lo más urgente: tenía que saber quién era el otro, después tomaría una decisión que ahora se le escapaba por las grietas del desconcierto. La ansiedad hizo que el aire de la habitación fuera insuficiente. Se ahogaba en una malla de dudas y cobardías, y la inmovilidad comenzaba a ser una postura que le oprimía el pecho hasta la asfixia. Tenía que salir de allí, moverse, respirar. De un salto se puso en pie, fue al baño y arrojó agua en su rostro para borrar una expresión de miedo que le avergonzaba; después atravesó el pasillo, pero no entró en el salón.

-Se me olvidó comprar el periódico, voy a la ciudad y vuelvo para la cena.

Una mentira más, aunque esta bañada con la apariencia de lo cotidiano, pues era frecuente que saliese con cualquier disculpa y sin más motivo que el de dar un paseo. La razón ahora también era la de estar solo un rato, pero igualmente la de alejarse de Verónica, no tener que hablarle ni verla moverse por la casa ni ayudarla a poner la mesa para la cena mientras intercambiaban las palabras vacías de cada tarde. Todo eso hoy no podía soportarlo.

En la cercana ciudad a la que se dirigía Sabas, sobre la colcha blanca de una cama hotelera, destacaba un maletín negro. A primera vista parecía sencillo y anónimo, uno más entre los maletines porta documentos, aunque quizás un poco mayor de lo habitual, sobrio y anodino incluso en sus cierres metálicos, que eran plateados y no dorados, pero de apariencia algo más robusta que los usuales. Sólo una atenta observación permitía descubrir algo que lo diferenciaba del resto: un elegante grabado en el cuero que lo recubría, a la altura de las esquinas superiores de ambas caras. Eran las iniciales Z y H adornadas con rebuscadas filigranas.

Zenón miraba, a través de la ventana, la calle a sus pies, y le parecía todo tan pequeño que resultaba aburrido. Necesitaba el bullicio de las grandes urbes. Madrid, para empezar, París, Nueva York, no Tokio con sus miles de ojos semicerrados como una incógnita; ciudades de vida sin interrupción y en las que se podía hablar con el primero que retuviera su destino un momento. Aquí, en esta ciudad de provincias, todo era tan apacible que su único entretenimiento era mirar el reloj una vez más y después el maletín negro, que se mantenía acechando desde su reposo sobre la cama como una amante

indolente. De todas formas, esta noche pudiera ser la última, y ya iba siendo hora. Pocos negocios se habían retrasado tanto.

Aún era temprano, pero necesitaba salir de aquella soledad hotelera, una de las peores que existen tras la del abandono.

## CAPÍTULO IV

Aparcó, como siempre, en el subterráneo, y esta vez puso buen cuidado al abrir la puerta. Sabas salió del coche con el pensamiento todavía a quince minutos de distancia. Ahora su mujer podía hablar por teléfono con la comodidad de estar sola. ¿Y qué hacer ante ese engaño? De nuevo sintió el ansia morbosa de dar con el usurpador, de saber quién era el que estaba a punto de colmar el vacío de su matrimonio. Sabía que el descubrimiento no arreglaría nada; la situación entre Verónica y él no iba a solucionarse dando con el solapado amante, pero era el único argumento que hasta entonces había encontrado para enfrentarse al desconcierto. Quizás mañana a las seis, si era lo bastante hábil, pudiera desenmascarar al enemigo.

Ofuscado en la maraña de sus debilidades, Sabas aún tuvo lucidez suficiente para reconocer el Mercedes de Zenón, aparcado en el mismo lugar de la mañana. Buen tipo aquel gordo con su maletín fuertemente agarrado. ¿Realmente llevaría una pistola bajo la chaqueta? El compungido hombre prefirió estas disquisiciones a las otras, pues era mejor apartar la mente de aquello para lo que no encontraba un camino llano. Con esa distracción de película en la cabeza, salió a la calle; se allegó a un quiosco, cuyo dueño miraba su reloj pensando en el tiempo que faltaba para echar el cierre, y después, con el periódico empuñado como un mazo, entró en el bar en el que ese mismo día había tomado un madrugador café.

Por llevar la cabeza gacha y los ojos barriendo el suelo, lo primero que vio Sabas fue el maletín, bien prendido a la mano de Zenón. Alzó la vista y se topó con la sonrisa cordial del gordo, que le saludaba con su mano libre.

-Acérquese a la barra aquí conmigo. Usted y yo somos animales de un solo camino. A mí también me gusta repetir los lugares que sirven buenos cruasanes. Acabo de zamparme uno. A usted no le mejoró la cara desde por la mañana.

Sabas se puso al lado del improvisado amigo sin haber decidido si respondía a lo de las costumbres fijas, la imposible diferencia entre un cruasán y otro o sobre el aspecto de su rostro. No tuvo tiempo para nada de ello. El hombre gordo volvió con su palabrería.

-Yo estoy con un güisqui de malta. Después del agua coloreada del refresco y tras el bollo, lo mejor para abrir el apetito antes de la cena es un buen güisqui de malta.

-Pero ahora pago yo.

-Ni se le ocurra. ¿O prefiere que decida el camarero?

Sabas sonrió a su pensar recordando la propina del café. Hizo un gesto complaciente aceptando la derrota en la puja y pidió lo mismo que tomaba el otro. Era agradable estar con aquel grandullón dicharachero, aunque requiriese un esfuerzo mental seguir sus palabras, que como avispas nerviosas saltaban de una idea a otra sin apenas razón alguna de continuidad. Sabas distrajo así su pesar con el mínimo esfuerzo de asentir e intercalar de cuando en cuando un par de monosílabos en medio del discurso interminable de Zenón.

-Se nota que me gusta hablar, ¿verdad, amigo Sabas?

-Sí

-No soporto estar solo. Mi mayor pesadilla es morirme en soledad. ¡Qué tontería! Si uno muere qué importará la compañía, no sé por qué eso me aterroriza. Lástima que no tenga familia. ¿Sabes?, creo que es una de mis

pocas frustraciones: no tener una gran familia y no saber la hora exacta de mi muerte. Los reuniría a todos unos minutos antes y... Creo que este güisqui comienza a afectarme.

-¿No está casado?

-Por algún país americano deben corretear mis tres mujeres y varios de sus hijos, alguno de los cuales puede que sea mío. Son historias lejanas y ya no importan.

-Le gusta la familia, si fuese a buscar a alguna de ellas...

-Amigo mío, si volviese allí acabaría en la cárcel, y aquello son cárceles... Lo dicho, esta bebida hoy me está entrando por mal sitio.

Era el tercer güisqui de Zenón, mientras Sabas aún iba por el primero. El gordo, que usaba su mano libre para sorber del baso en cada pausa breve de su monólogo, estaba traspirando en abundancia y su respiración era sonora y molesta; parecía una máquina de vapor lanzada a toda la presión que podía soportar.

-Ya estoy en mi punto, amigo Sabas. A cien. Nace la noche y comienzan los negocios. He de irme.

-Y yo.

-¿Seguimos aparcando puerta con puerta?

Salieron juntos en busca de sus respectivos coches, mientras Zenón aún reía su gracia y tras dejar sobre el mostrador la generosidad del un billete excesivo. Bajo las farolas quebrantadoras de la noche, andaban juntos al paso urgente que imponía el madrileño, que para variar se mantenía silencioso una vez finalizado su ataque de risa. Parecía que ya pensaba en esos negocios que se iniciaban a hora tan impropia, por lo que Sabas, abandonado ya de las

palabras hipnóticas de su compañero, recuperó el amargor del recuerdo hogareño. Un ardor punzante en su estómago le hizo pensar que a él también la bebida le había entrado por el peor de los sitios. Eso, o que los pensamientos envenenan más que el alcohol. Así llegaron ante la puerta del aparcamiento.

-Indícame el ascensor ese que tenéis escondido; el de uso exclusivo para lugareños.

-¡Si hay un cartel con una flecha! Mire.

-¡Ah, carajo! Y yo que me creía buen observador. Estas prisas mías...

Pronto llegaron juntos al Mercedes de Zenón, y éste, con una respiración ahogada por el paseo, recuperó su habilidad parlanchina.

-Dame la mano, amigo mío, y perdona el tuteo, que no sé cuando lo he comenzado. Si esta noche todo se resuelve, no volveremos a vernos en esta ciudad, y yo regresaré a lugares de gente adulta que no duerme. Territorios conocidos que no me ocultan los ascensores. Sigues teniendo mala cara, amigo Sabas. La mejor medicina es una buena comida. Lleva a tu pareja a un buen restaurante que he descubierto en este pueblo aburrido. Hiedra o Yedra o algo así. Las parejitas se lo pasan bien. Hoy estuve al lado de una pareja de esas, y él hablaba casi tanto como yo. Al encontrarme solo cometí el error de intentar involucrarme, pero una mirada de ella bastó para hacerme cambiar de opinión. Las mujeres, cuando eligen, no quieren interferencias de tipos gordos.

Sabas, confundido en sus propios pensamientos, casi no escuchaba al otro. Además, no pudo con la dispersión de ideas; sólo acertó a tender la mano, aceptando el ofrecimiento, y se despidió con una sonrisa urgente aunque sincera. Diez pasos más allá se topó con su coche, se introdujo en él y

giró la llave del encendido. El reloj luminoso del salpicadero logró ventilar de su cabeza los pensamientos sin resolver que le atenazaban. ¡Eran más de las nueve de la noche! El tiempo había hecho un pliegue, y lo que le había parecido poco más de media hora se transformaba en un retraso inesperado. De todas formas dudaba que Verónica se preocupase por él y mucho menos que llegase a sus mismas deducciones, aquellas que le hicieron beber casi una botella de coñac y que se apoyaban en algo más que en un retraso inesperado. El cerebro, al menos el suyo, funcionaba así. Iba acumulando pequeños detalles que se negaba a racionalizar, que ignoraba o parecía olvidar, pero llegaba un momento donde el fulgor y la certeza dañina le mostraban todo aquello que se ocultaba tras las minucias de las cosas pequeñas. ¿Por qué no pensó en un accidente ante el retraso de su mujer la otra noche? Porque el destello de la comprensión le había alcanzado a pesar de los olvidos interpuestos. Sabas hizo un gesto brusco con la cabeza intentando lanzar fuera de ella los gusanos que la taladraban y aceleró el coche emprendiendo la marcha hacia la salida.

Cuando pasó al lado del Mercedes negro le sorprendió que aún estuviese allí. Ralentizó la velocidad y pudo ver a Zenón dentro. Estaba inmóvil, con la nuca apoyada en el reposa cabezas del asiento y los ojos abiertos mirando a lo alto. Sabas frenó con brusquedad y saltó del coche; en dos pasos se plantó ante la ventanilla del otro vehículo y golpeó en ella con una mano nerviosa. Dentro no hubo reacción alguna por parte del rollizo hombre, al que, ahora lo veía Sabas, le resbalaba un hilo de baba por la comisura de los labios; además, su enorme panza no parecía moverse al hinchar y deshinchar con la entrada sonora de un aire que nunca parecía bastarle. Sabas, más asustado

que indeciso, abrió con torpeza y cierta timidez la puerta del coche, y aún se sintió en la obligación ridícula de saludar con un *hola* a modo de permiso para la intromisión. El otro continuó con la inmovilidad tozuda y los ojos fijos en alguna parte del techo. Sabas, temeroso, acertó a coger el brazo de su nuevo amigo y buscar un pulso que no halló. Soltó aquella mano que se derramó inerte hasta quedar colgando de un cuerpo sin respuesta, e intentó buscar la esperanza en la vena del grueso y blando cuello, pero el resultado le confirmó la ausencia de latidos. Aquel hombre inmenso estaba muerto. Dio un paso atrás con lentitud y quedó inmóvil, pues su desconcierto le impedía tomar determinación alguna. Los segundos se detuvieron en los ojos sin expresión del gordo. Tardó Sabas en lograr que los suyos se apartasen de los del otro, y cuando fue capaz de ello pudo ver el maletín negro en el asiento al lado del muerto, y sobre él la llave del coche junto a otras dos mucho más pequeñas, todas prendidas en un aro dorado. Entonces tomó la decisión que daría origen a la historia que iba a cambiar su vida.

## CAPÍTULO V

La noche que Adrián llegó casi a las tres de la madrugada, Rosaura se hizo la dormida. Giró el cuerpo bajo las mantas y le dio la espalda cuando se acostaba. Adrián, tras mirar a su esposa, y suponiendo casi con toda seguridad su desvelo, murmuró un par de frases sobre lo larga que había sido la sobremesa en la cena con los compañeros del club de fútbol, después esperó unos segundos por ver si ella respondía alguna cosa, y como no fue así, dio por buena la noche y enseguida logró un sueño relajado.

Rosaura, en cambio, tardó en sumergirse dentro del olvido que procura el dormir, y cuando lo consiguió, sus pesadillas fueron peor que la vigilia, pues siempre aparecían ella y su marido separados por un muro o una alambrada de puntiagudos pinchos. Por fortuna, casi ninguna de esas conjeturas nocturnas llegaba a recordarlas despierta, por lo que el pesado amanecer lo atribuía siempre al mal dormir sempiterno.

Horas después, el despertar sonoro del reloj electrónico sobre la mesilla de noche, provocó un sobresalto en el hombre, no así en Rosaura, pues las horas de desvelo se cobraban ahora su descanso. Adrián, tras alegrarse por el dormir de su pareja, se incorporó con el mayor sigilo y salió hacia el trabajo con una sonrisa triunfadora. La noche con Verónica había sido de las que dejan huella en la piel y, además, la disculpa para la llegada nocturna al árido domicilio conyugal se podía dar por perfecta, por tanto se encontraba en el mejor momento de sus sueños, así que sonrió a la noche que aún era y comenzó a andar los diez minutos que le separaban del trabajo.

Con tanta premura había escapado de su casa que resultaba una hora temprana para sentarse a su mesa en la oficina, por lo que hubo de tomar un café de espera junto a Sabas, compañero y víctima. Lo que en principio fue un encuentro de disimulado malestar, después se convirtió en una sensación de orgullo: unos alcanzan la cima y otros ruedan hasta el valle. Este pensamiento filosófico, de cosecha propia, le produjo tal estado de bienestar que necesitó de toda su contención para no reírse ante el mal encarado cornudo que tenía por compañero de café. La vida era dulce con Adrián. Y sus encuentros con Verónica resultaban el mejor adorno para ese pastel, sólo emponzoñado por los temores de la mujer con respecto a su marido y las sospechas que pudiera albergar, aunque no lo parecía, este silencioso y apocado Sabas, un rival que no inquietaba.

Adrián no era capaz de imaginar un mundo más hermoso. Deseaba encontrarse lo antes posible otra vez con su mujer perfecta en el lugar que ambos tenían por *celestina*, la barra del restaurante *Yedra*, y después, tras un par de copas, alquilarían una habitación en el hotel de al lado y dispondrían de al menos una hora o dos para amarse y olvidar que el planeta que giraba fuera estaba habitado por seres molestos y anodinos.

Ese mismo día, volviendo al principio de la mañana, Rosaura despertó tarde y de mal humor. Adrián ya se había ido, por lo que su mal genio, ese impulso incontrolado de ira brusca, como una vez lo había definido el doctor, hubo de descargarlo contra puertas, platos y una escoba que arrojó de un extremo del pasillo a otro sin saber por qué lo hacía. Después lloró durante unos minutos hasta que algo más tarde se encontró mejor. ¿Cuánto hacía que

su marido no la tocaba? Meses. Ahora razonaba con la claridad de sus momentos pacíficos, por eso no estalló en un grito de rabia al pensar que pudiera existir otra mujer. No tenía evidencia de esto a pesar de registrar los bolsillos de la ropa de Adrián, de olerlo con disimulo buscando fragancias ajenas a su cuerpo; incluso llegó a seguirle un par de veces cuando dijo que se iba a las oficinas del club de fútbol, a donde realmente fue. Pasó la mañana convenciéndose de que el problema de su matrimonio era ella y sus crisis, pero no estaba dispuesta a volver con el doctor para escucharle sandeces sobre la relajación o el control de la respiración junto con pastillas que no hacían otra cosa que embotarle la mente. Eso, descartado. El tiempo arreglaría las cosas.

En la tarde, mientras fingía mirar la televisión junto a su marido, Rosaura continuaba tranquila esperando las palabras que antes tan frecuentes eran en él. Podía hablar durante horas sobre cualquier cosa. También de amor. Pero ahora ya no. Hacía algunos meses que el silencio se había agarrado a su matrimonio como una neblina espesa que daba apariencia de lejanía aunque estuviesen a escasos metros el uno del otro. Ese mutismo era el que producía en ella el incremento de una tensión angustiosa a la espera de una voz que no llegaba. Un silencio espeso y tenso, que segundo a segundo minaba su paz hasta hacerla perder el sentido de las cosas y explotar en un grito de rabia.

Cuando esa tarde sonó el teléfono y Adrián habló con los supuestos amigos del fútbol, Rosaura no pudo soportar que la voz de él fuese para otros. Ella había estado esperando por sus palabras y ahora se las arrebatában unos patanes desconocidos. Los gritos de ella comenzaron como siempre: sin saber lo que estaba diciendo ni por qué.

Adrián soportó las voces iracundas con la paciencia de la costumbre. Esperó unos minutos, según el consejo del doctor que la había tratado, y después, también siguiendo esas recomendaciones, comenzó a hablarle con la calma medida que el facultativo le había aconsejado. Como siempre, logró el apaciguamiento de Rosaura y su silencio. No era difícil controlarla. Cuatro frases improvisadas al buen albur y el volcán frenaba su derrame.

Alcanzada la paz volvieron a sentarse frente al televisor como antes, aunque ahora Adrián improvisaba algún comentario sobre lo que veían en la pantalla. La mujer permanecía callada y seria, como siempre, pero su rostro mostraba la tranquilidad de los que tienen suficiente con unas migajas de alimento. Menos sería nada, pero esas cuatro frases banales creaban la ilusión de una compañía que necesitaba. No pedía más, ni siquiera caricias.

Se fue adentrando la pronta noche de finales de octubre por los ventanales, y Adrián, entre palabra y palabra vacía, pensó cuánto iba a durar aquel mal decorado de matrimonio. Tardes de silencios y después gritos, anocheceres de televisión y frases cortas que salían de su boca como pedacitos de sacarina que edulcorasen el fingimiento. Era demasiado pronto para tomar una decisión, pero si la historia con Verónica alcanzaba todo lo que prometía, llegaría el momento de hacer daño a esta mujer que a su lado mantenía el gesto neutro de los imbéciles. La observó con el disimulo de una mirada oblicua y no pudo imaginar esta misma escena al lado de ella dentro de varios años.

-Querida, ¿recuerdas que ya casi es mi cumpleaños? ¿Cómo pasa el tiempo, verdad?

Rosaura asintió, aunque no dijo nada; pero recogida dentro de su silencio pensó en hacerle una tarta de chocolate. La mujer disfrutó de un inexplicable bienestar en ese instante, quizá porque todo parecía tan normal y cotidiano que era el anuncio de muchos años tranquilos al lado de Adrián. Logró esbozar la mueca de una sonrisa torpe antes de mirar a su marido.

-Estarás cansado y con sueño, ¿quieres que cenemos temprano?

## CAPÍTULO VI

En el aparcamiento subterráneo apenas había entradas o salidas de vehículos debido a la hora ya nocturna. Sólo el ocasional motor de algún coche se oía en la distancia y provocaba en Sabas la inquietud del escándalo turbador; pero como era evidente la ausencia de observadores que incomodasen, exceptuando lo ojos inútiles del muerto Zenón, logró reafirmarse en la decisión que juzgaba como propia de un demente, pero no podía desprenderla de los amasijos mentales que daban por bueno un camino sin retorno. Le era imposible huir ante lo que estaba a punto de hacer. No quería.

Con el apremio ciego de quien se lanza al vacío, palpó la chaqueta del cadáver, y un bulto de dureza esclarecedora le indicó lo acertado de sus deducciones. La pistola con tambor para seis balas se encontraba guarecida en su funda de cuero ajada, pegada a un pulmón inútil y a medio palmo del corazón que hacía pocos minutos se había despedido sin avisar. Dudó más allá de todo lo prudente en esas circunstancias, pero logró tomar el arma y la ocultó en el bolsillo de su pantalón. El peso del metal armado le resulto sorprendente, pero de igual manera percibió el extraño placer de una fuerza desconocida que no tuvo tiempo de interpretar. A continuación cerró la puerta del Mercedes con suavidad, como si temiese hacer ruido o molestar al difunto, aún así él mismo se sobresaltó al escuchar el efecto sonoro del leve portazo dentro de un local con techo bajo y silencioso. Después rodeó el coche y llegó ante la otra puerta lateral. Esta vez actuó con más decisión y no tardó en tener en su poder las llaves y el maletín, pero antes de correr hacia la seguridad que le daba su propio vehículo, se entretuvo en desprender del aro la llave del Mercedes.

Aunque era una estupidez que le produjo cierta risa nerviosa, le parecía una indignidad dejar sin ella a Zenón.

Una vez dentro de su viejo Fiat, Sabas puso el maletín negro sobre las rodillas y mantuvo los ojos en él durante casi un par de minutos. Allí dentro habría algo valioso, sin duda. ¿Dinero, drogas o quizá documentos sólo importantes para los propios interesados? Su peso, sin ser excesivo, indicaba que contenía algo más que cuatro papeles mecanografiados; tampoco sería lógico que el gordo Zenón pasease con varios kilos de droga e incluso se detuviese a comer un cruasán portando una evidencia delictiva. Quedaba la posibilidad del dinero, aunque la carencia de sentido era igualmente penosa; el otro no parecía, ni mucho menos, tan loco como para haber llevado de la mano por las calles de la ciudad una gran fortuna, según hacía soñar aquel peso. Tras estas deducciones, que no tenían más razón que sumar tiempo para que Sabas se decidiese a quebrantar el misterio, logró reunir la decisión suficiente, y con mano insegura usó una de las pequeñas llaves sobre las cerraduras plateadas. Abrió el maletín. Había dinero. Fajos de dinero bien alineados y prietos unos contra otros como ladrillos de un muro. Todos parecían formados por billetes de cien euros y estaban sujetos por tensos aros elásticos. Contó los paquetes, que sumaron veinte; después, con cierta dificultad, logró sacar uno de ellos y le sorprendió su grosor. Comenzó a contar los billetes, pero la ansiedad y la ofuscación le hicieron perder la cuenta sobre el sesenta y algo. Reprimió el afán contable, guardó el fajo con los otros y cerró el maletín. Allí dentro, en un cálculo rápido, podría haber más de un millón de euros, quizá dos. Su mente no lograba centrarse en la multiplicación aproximativa, pero era lo de menos. Tenía en su poder una enorme suma de dinero. Y una pistola.

También un muerto a menos de quince metros y muchas preguntas que hacerse.

Sabas permaneció dentro del vehículo con el maletín cerrado sobre sus rodillas durante muchos minutos. Pasaron ante él dos o tres personas que no vio, tampoco le distrajo la luz de los focos de un par de coches que se iban. Sus pensamientos chocaban contra los engranajes lentos de su cerebro, y la ansiedad, junto con el miedo, no eran más que arenilla entorpeciendo esa tosca maquinaria. A pesar de su aturdimiento, logró alumbrar varias conjeturas que le permitieron asentar los pies sobre algo más firme que la inseguridad y la duda.

Decidió que no podía ingresar el dinero en un banco; estos informan a Hacienda y no pasaría desapercibida la fortuna para los recaudadores de impuestos: justificarla estaba fuera de toda imaginación. Por suerte, el maletín contenía billetes de cien euros, valor más adecuado para hacer con ellos operaciones diarias que con otros de mayor importe. Esto le permitiría guardarlos en cualquier sitio e ir usándolos periódicamente. Un problema resuelto. El menor de todos.

Otra decisión que tomó fue la de ocultar el hallazgo a su mujer. ¡Hallazgo!, buena palabra; mejor llamarlo así.

Verónica era todavía un problema sin resolver, una duda de futuro incierto, quizás un enemigo al que temer. Con ella las ideas persistían tozudas en la sinrazón y el dolor. Pero ese mal sueño lo aparcó entre los espinos de su cerebro. Mañana tendría tiempo de rasgarse la piel entre ellos.

Y quedaba lo más importante por dilucidar: su seguridad. Sería estúpido pensar que todo aquel dinero había quedado huérfano con la muerte de Zenón.

No correspondería a sus herederos legales, si los tenía, pero muchas manos se considerarían con derechos sobre él, sin duda. Y serían garras, no manitas fofas de oficinista como las suyas. El maletín que reposaba sobre él no contenía algo limpio, y quienes lo estuviesen esperando o supieran de su existencia reclamarían los derechos del más fuerte para acceder a su posesión. Y él, Sabas, el oficinista de manos tiernas, seguridades rotas y dudas que rebosaban, no era siquiera un mal *esparring* para cualquier matón de puños grandes y mirada fija. Su única salvaguarda sería la ocultación, el anonimato, pasar desapercibido ante la vida y los ojos de los demás, y en eso sí era un experto. De tal forma dio solución a lo que podía ser la mayor traba para disfrutar de su inesperada riqueza.

Los minutos de reflexión habían hecho saltar los dígitos del reloj en el salpicadero del coche hasta más allá de la imprudencia. Un maletín con dinero ardiendo, una pistola clavando las duras aristas en su muslo, un muerto a quince metros, y él esperando el escándalo del descubrimiento macabro. Era un tonto que se paraba a meditar al borde del abismo si dar un paso hacia delante o hacia atrás. Arrancó.

Durante el trayecto hasta su casa, aún tuvo tiempo de alcanzar deducciones importantes según su forma de pensar, lenta pero meticulosa.

Si alguien comenzaba a buscar el dinero de Zenón, era importante que no le relacionasen con él. Sólo estuvieron juntos un par de veces. No era mucho. En la entrada al aparcamiento existía una cámara de seguridad, pero dudaba mucho que hubiera grabaciones veinticuatro horas todos los días; más bien serviría para controlar el movimiento de gentes desde la garita del vigilante. Ese punto podía darlo por resuelto.

El mayor problema estaba en la cafetería de la reunión matutina y ahora al final de la tarde. El camarero no olvidaría a un gordo hablador hasta el mareo y mucho menos sus propinas de alcance quilométrico. En cambio, no era tan probable que le recordase a él, al menos con precisión, un ser gris y anodino, por lo común silencioso; pero había ido muchas veces a ese sitio, y el dueño del local, que hacía de camarero, no dejaría de prestarle atención, sobre todo hoy debido a la aparatosa compañía del otro. Mejor sería no volver a ese lugar a partir de ahora.

Cuando llegó a su casa y dio fin a la maniobra de guardar el coche en el garaje, también había decidido dónde esconder el maletín. Antes metió la pistola en la guantera, bajo una gamuza y la documentación del vehículo. Después fue hasta el armario, almacén de herramientas dispersas, que estaba adosado entre una columna y la pared; encajó el maletín tras él y lo miró desde distintas posiciones para asegurarse de su buena ocultación. Todo estaba correcto. Ahora faltaba por resolver lo demás. Lo peor.

Entró en su casa con el periódico en la mano y vio que Verónica leía una revista en el salón. Ella, que sin duda habría escuchado a su marido aparcar y después cerrar la puerta de la cochera, no desprendió los ojos del papel, aunque sí hizo el pequeño esfuerzo de hablar.

-Has tardado. Yo he cenado ya. Tú tienes alguna cosa caliente en la cocina.

-No tengo hambre. Me acostaré temprano. Leeré un poco en el dormitorio.

Las frases breves, de precisión medida, acompañaron a Sabas hasta la habitación como el sonsonete de una canción sin armonía. Allí arrojó sobre un

butacón el periódico y con gestos airados se desprendió de la ropa. Una vez acostado percibió cómo la ira ocupaba un terreno que siempre le estuvo vedado. Su carácter melifluo cedió ante esa fuerza que ahora descubría y que le proporcionaba la suficiente energía para superar la amargura y tornarla en cierta sensación de poder. El arma en la guantera del coche y el maletín tras el armario del garaje eran las dos fuentes en las que abrevaba ese nuevo sentimiento.

Con una mueca que dibujó en su boca un esbozo amargo, a medio camino entre el asco y la sonrisa cínica, Sabas adivinó que su mujer esperaría con la revista entre las manos a que él se durmiese, después se acostaría en silencio, evitando hasta el más pequeño roce. Ambos tenían sueño, ya que la noche anterior en ningún caso resultó propicia para el descanso, pero sabía que ella iba a soportar, con la mirada oculta en las letras impresas de la revista, todo el tiempo necesario para evitar una palabra de deseo o un breve contacto bajo las sábanas. Hacia meses que era habitual esta frialdad de aparente transcurrir cotidiano.

## CAPÍTULO VII

Sabas abrió los ojos cinco minutos antes de que lo obligara el despertador, cuya alarma desactivó según el gesto acostumbrado de cada día. Verónica dormía a su lado con la espalda de barrera infranqueable y una respiración pausada. Para ella la noche estaba siendo un paréntesis grato entre tiempos agradables, pensó el hombre. En cambio él auguraba que la jornada sería un quiebro en el camino, el hasta aquí hemos llegado, el principio de esa fuerza que da el dinero y el peso de un trozo de hierro definitivo en la guantera.

Hoy a las seis de la tarde, peluquería. El punto de inflexión.

Pensaba llegar de la oficina un poco antes de lo habitual para encontrar a Verónica en casa. Se ofrecería a llevarla en coche y recogerla después. Ella buscaría alguna disculpa para evitarlo, sin duda. Él daría con otra para ir a la ciudad a la misma hora, aunque fuesen cada uno en su coche. La seguiría, y tras las mil artimañas de la mujer para perderlo, por ejemplo entrando en la peluquería y saliendo unos minutos después, él continuaría la persecución solapada hasta dar con el encuentro esclarecedor.

El cerebro de Sabas disparaba en todas las direcciones como si sus balas fuesen infalibles. Tenía la certeza de que sus deducciones eran ciertas por la convicción con que las formulaba. Muy poco estaba Sabas acostumbrado a tales seguridades, pero el nuevo impulso que le guiaba tenía la suficiente fuerza para modificar su carácter, al menos para darle un barniz exterior que simulase la apariencia de cambio. En cualquier caso, se notaba ansioso, expectante ante las próximas horas, excitado por los futuros

acontecimientos ante los que estaba seguro de imponerse. Esa excitación anímica se tradujo en necesidad sexual, y no reprimió los movimientos rítmicos y violentos de la mano al masturbarse bajo la ducha mientras pensaba en Verónica, dormida tres metros más allá.

Unos minutos después salió del baño y comenzó a vestirse procurando no hacer ruido a los pies de la cama. La luz del pasillo era suficiente para tantear la ropa y no tropezar con los muebles; a pesar de tales precauciones, su mujer se movió un palmo.

-Recuerda que hoy voy a la *pelu*. Antes pasaré por casa de mis padres, así que saldré temprano por la tarde y no estaré cuando llegues. A la hora de la cena ya habré regresado. Tenemos algún congelado en la nevera.

Las palabras somnolientas de ella desbarataron en un segundo todos los planes de Sabas, que ahora eran como el agua y el semen que se perdieron por el desagüe de la bañera. Él no respondió; y después, una vez vestido, apenas si vocalizó una despedida que ella no pareció oír, dormida de nuevo.

Dentro de la cochera, Sabas tomó del maletín unos cuantos billetes. No contaba con realizar compra alguna, pero quería tener junto a sí parte de aquel poder que ahora se había quebrado con cuatro palabras de su mujer. Necesitaba un nuevo plan, su mente precisaba certezas para mantenerse a distancia del abismo, pero ya todas sus reflexiones eran papeles en blanco tirados por el suelo. De todas formas, tenía la mañana para discurrir una ocurrencia oportuna. Alguna buena idea surgiría, pensó.

En la noche que aún resistía el embate del amanecer, salió con el coche a la calle y emprendió el camino hacia su trabajo. Entonces una nueva duda se sumó a las que acumulaba haciendo que rebosasen, y necesitó desplazar las

primeras para centrarse en la última: ¿aparcaría en el lugar de siempre? Allí quizá estuviera todavía el Mercedes negro, aunque era de suponer que a Zenón ya lo hubieran encontrado y trasladado. Bien cierto era que el movimiento de vehículos sería escaso durante la noche, pero alguien tendría que haberse fijado en un hombre muerto. ¿O lo tomarían por un borracho dormido?

A pesar de esas incertidumbres, Sabas decidió que era mejor respetar sus hábitos, pues las alteraciones no son más que indicios. Si de alguna forma le llegaban a relacionar con el gordo, la primera pregunta sería por qué dejó de aparcar su coche en el subterráneo. Los guardas de la garita en la salida verían todos los días a cientos de conductores, pero a él llevaban años observándole a través de la ventanilla, y no podía descartar su buena memoria; además, tenían sus datos como abonado del aparcamiento. Todos estos temores y pensamientos, que rayaban con la paranoia, cercaron a Sabas hasta hacerle perder la confianza en sí mismo. Volvía ser el compungido mediocre al que el castillo de naipes siempre se le viene abajo.

Siguió conduciendo con el automatismo de la costumbre y se adentró en el aparcamiento de todos los días con los ojos asustados del culpable inexperto. Cuando pasó al lado del Mercedes de Zenón se obligó a no mirar. Cualquier signo de interés por su parte denotaría un conocimiento sospechoso, y aunque no parecía que nada anormal ocurriese allí dentro, mejor prevenirse de los ocultos observadores, por si los hubiera.

Aparcó todo lo lejos que pudo del lugar temido y a continuación puso la mano sobre la guantera del coche sin abrirla. La fuerza que transmitía lo que guardaba en su interior le hizo recuperar el ánimo. A continuación recorrió con

la vista cuanto esta alcanzaba, y no distinguió cosa alguna que no sucediera todos los días. Entonces se decidió a poner pie a tierra y avanzar hacia la salida, aceptando, con valor, que habría de pasar cerca de lo que él llamó el *lugar de los hechos*, en parodia a las películas del cine.

A unos metros del Mercedes temido miró de soslayo su interior, y lo vio vacío. El alivio que sintió fue tan grande que no pudo reprimir un suspiro que expulsara de su interior la angustia acumulada, y después siguió andando con la mirada puesta al frente, como si lo que estaba cruzando en ese momento le fuese indiferente y desconocido. A su alrededor todo tenía la apariencia gris y abandonada de cada día. Largas filas de silenciosos coches; el ruido de algunos circulando, ya fuese para irse o que estuvieran entrando; dos o tres individuos que subían o bajaban de sus vehículos y algunos otros aún dentro de ellos.

Ascendió las escaleras con paso firme, y fue nada más llegar a la calle cuando se topó con los dos policías.

-Perdone. Sólo será un momento. Hemos de hacerle unas preguntas.

Quien le hablaba parecía repetir como una salmodia las frases, por lo que era evidente que llevaba haciéndoselas a muchos antes que a él. Sabas sonrió con educación y mostró una cara de sorpresa que no le costo más que el esfuerzo de acompañarla con una pincelada de inocencia.

-¿Aparca usted aquí habitualmente?

-Sí

-¿Ayer también?

-Sí

-¿A qué hora se fue?

Una pregunta delicada. Tendría que contar con que el guarda de la garita interior no recordase su segunda salida, cosa más que probable; también habría de dar por supuesto que las cámaras de seguridad dispuestas no grababan, si fuese así la policía ya dispondría de las matrículas que hubiesen quedado registradas en la franja horaria de su interés.

-¿Me ha oído? ¿A qué hora se marchó ayer?

-Estaba recordando. Yo salgo de trabajar a las cinco de la tarde, así que... sobre las cinco y cuarto, poco más o menos.

-¿Vio algo que le llamase la atención?

-No, señor.

-Gracias, puede irse.

El otro guardia estaba haciendo las mismas preguntas a otro sorprendido ciudadano, y las formulaba con la misma desgana que las recitadas por el que le tocó en suerte a Sabas. Este dedujo que acababa de asistir a una parte de la investigación tan rutinaria como en absoluto peligrosa para él. Se tranquilizó y, mientras iba camino de su oficina, comenzó a pensar con mayor profundidad en lo sucedido.

Por alguien fallecido de muerte natural no se produce un despliegue así de la policía. Eso no era lógico, y la lógica es el sustento de la vida, así que Sabas continuó con sus razonamientos meticulosos, por calmos que estos fuesen. Una funda de pistola vacía tampoco podía justificar tal interés desmedido. Sin duda, y esta resultaba una buena explicación, Zenón Hidalgo era un viejo conocido de la policía; estaría involucrado en mil y un asuntos sucios, por continuar con la terminología peliculara; incluso quizá estaba siendo investigado y perseguido por ese maletín producto de un robo o pago de un

chantaje o contravalor de un cargamento de droga o de armas... Las posibilidades eran muchas, dedujo Sabas, pero no le importaba cuál era la cierta. Él estaba a salvo dentro de su anonimato, de su vida corriente y tan repetida como la de todos los que irían desfilando frente a los dos cansados policías de antes.

A unos metros de su oficina, pasó por delante de la cafetería en la que había estado dos veces con Zenón. Aceleró el paso al tiempo que lanzaba un rápido vistazo, y vio que sólo una mujer estaba en la barra. Siguió andando con la cabeza baja, ocultándose de nadie, y se sintió ridículo. Se detuvo y consultó el reloj. Faltaba apenas un minuto para las ocho, hora en la que debería de estar sentado ante su mesa de trabajo registrando interminables pólizas de seguros frente a la pantalla del ordenador. Pero hoy podría llegar tarde. Y mañana también. Y siempre. Incluso, si le apetecía, pasaría días sin entrar en la oficina. La amenaza de sanción por falta grave le causaba risa; incluso el despido le haría carcajearse delante del jefe de personal. Lo difícil sería explicárselo a Verónica, pero ella era un problema muy distinto, al menos de momento. Dio media vuelta y entró en el bar al que se había propuesto no visitar nunca más. Sus nuevos aires triunfales le hacían tomar decisiones que se alejaban del hombre tímido que siempre le definió.

El dueño del bar hablaba embelesado con la chica, y ninguno de los dos se percibió de la entrada de Sabas, que se acodó en un lateral de la barra con el sigilo que hacía todas las cosas, y allí quedó en silencio a la espera de ser descubierto por el camarero. Mientras, se entretuvo observando a la joven. Tenía el cuerpo estilizado, pero el vestido marcaba contornos precisos y amplios en los pechos, que eran la distracción del camarero, el cual seguía sin

prestar atención a ninguna otra cosa. También Sabas entretenía la paciente espera hasta que le sirvieran mirando a la mujer, que a parte de los senos apuntando directamente al entrecejo de quien tuviera enfrente, contaba con un rostro atractivo aunque no exento de una extraña dureza. Sus gestos eran firmes, con la energía de quien domina la situación con una mirada y el movimiento de su mano. A Sabas le gustaban así. Verónica también tenía esas cualidades, aunque ya parecía abandonarse a la desgana y el silencio, también a la inmovilidad; sus ojos no le miraban más que con aburrimiento, no con el afán de mando y mucho menos con la orden del deseo.

Unos minutos más tarde la hermosa se despidió del camarero con una sonrisa y un *hasta luego*, y salió con andar seguro y la mirada al frente. Nada podía interponerse entre ella y el lugar al que hubiera decidido encaminarse. Sabas siguió el taconeo rectilíneo hasta que el sonido rotundo se perdió en el exterior del local.

-¿Qué desea el señor?

La pregunta del camarero sorprendió a Sabas aún con la mirada en la calle. Pidió con la voz nerviosa de quien es atrapado en falta un café y añadió una copa de coñac, que el día iba a ser largo. Rió él sólo la justificación para el alcohol mientras el otro comenzaba a preparar el pedido.

-Guapa mujer, ¿eh?

Sabas se sorprendió de que el camarero, por lo común callado como una señal de tráfico, se explayase aunque sólo fuese con una frase corta y vulgar, pero no dudó que seguiría oyendo sus comentarios sobre la bella recién tragada por la calle. La emoción que provocan algunas mujeres puede hacer

hablar a un poste telefónico, pensó. El camarero continuó traduciendo sus pensamientos al aire.

-Sí, señor. Guapa y simpática. Lástima que yo lleve tres días sin las gafas. Es que no sé ni dónde las puse.

Un nuevo golpe de suerte. Resultaba que su posible descubridor era corto de vista y sin lentes. Bien pudiera ser que la vida le estuviese haciendo un giro tras los quebrantos de los últimos meses y que todo, a partir de hoy, tornase hacia las risas de antaño. No parecía tan sencillo con Verónica ese cambio, pero, como había dicho al camarero, el día iba a ser largo y su paciencia era todavía mayor. Muchas cosas podían ocurrir.

## CAPÍTULO VIII

Verónica se desperezó sobre la cama como una concha que se abre. Los ruidos en la calle dejaban adivinar que la luz del día había puesto en movimiento a todos los bichitos hacendosos, pero ella tenía tiempo hasta la tarde para no hacer nada: estirar las sábanas sobre la cama y poco más. La limpieza casera quedaría pospuesta para otro día en el que su cuerpo no estuviese deseando el encuentro con Adrián, primero en Yedra y después en el hotelito de al lado. Dos horas que la estaban excitando en ese mismo instante con su promesa de palabras y caricias.

Peinándose ante el espejo pensó que, tras la hora larga de abrazos en la habitación alquilada, tendría que arreglarse el pelo con cierto esmero para que diese la apariencia de su paso por la peluquería; aunque *el* soso ni lo iba a notar, con toda probabilidad. Aún así, un poco más tarde, introdujo en su bolso de calle un peine, un cepillo y un bote de laca; todo esto, junto con lo que ya había dentro, hizo que su capacidad llegara al límite y pareciera ordinario de tan hinchado, por lo que sacó de él varias cosas y las dejó con desorden sobre el tocador de la habitación. Tras sopesarlo y mirar su aspecto, lo dio por bueno. No sería tan fácil la transformación con ella misma, que regresó ante el espejo para trazar las líneas de una futura estrategia facial. En la tarde vería de usar el maquillaje adecuado con el que restar unos años a los que delataba el reflejo tozudo y su veracidad matinal. A continuación preparó el baño para reposar en él, entre sales y espuma, toda la ansiedad que hacía de las horas unas enemigas con más sesenta minutos.

Verónica pasó el resto del tiempo preparándose una comida rápida y ligera, algo que no la hinchase y la hiciera torpe en los movimientos sobre el cuerpo de Adrián. Quería que el suyo, aún delgado y firme, rodase sobre el de su hombre con la elasticidad y la violencia gustosa de los años en los que el sexo era el intervalo más importante del día. Esta imagen volvió a excitarla con la fuerza de los sueños, y necesitó salir al porche del chalecito para que el aire fresco del otoño disipase lo que no tenía sentido adelantar.

Dejó que su vista recorriese las fachadas gemelas de los adosados vecinos. Ella y Sabas llevaban viviendo allí poco menos de un año, meses de aburrimiento y silencios. Habían cambiado la ciudad por este lugar nuevo y tranquilo, convenciéndose de que buscaban lo que la publicidad llamaba mejor calidad de vida, aunque lo cierto es que intentaban mejorar con ladrillos nuevos el edificio de un matrimonio que se había hecho viejo prematuramente. No lo habían conseguido, y ella poco después descubrió a Adrián. Bien, para Verónica las cosas habían ido muy bien. No tenía queja alguna de la inversión realizada. De ninguna de las dos.

Esa misma mañana, horas atrás, Adrián llegó a la oficina silbando como segador que va a los campos en una película costumbrista e idílica. Saludó a los compañeros con los que se tropezaba dándoles una palmada en la espalda y sonriendo como si aconteciese para todos un buen día. Se puso a trabajar tomando las hojas de los informes tal que abanicos nerviosos o palomas a punto de volar; tecleaba en el ordenador con la soltura de un pianista interpretando una polca, y a cada rato comentaba con los de las mesas cercanas cualquier ocurrencia banal.

Fue al ver llegar tarde a Sabas cuando la punzada de un temor apaciguó su espíritu festivo, pero no observó en la cara del engañado amigo ningún rictus amargo que le hiciese suponer algún conflicto marital; al contrario, Sabas daba la impresión de mostrarse más seguro de sí mismo de lo que era en él habitual, incluso parecía traer consigo una energía infrecuente y cierta altivez en modo alguno acorde con su forma de ser.

-Hola, Adrián. Llego tarde, pero no todos los días amanece igual, ¿no crees?

Adrián, tras escuchar el saludo de Sabas, sólo tuvo la ocurrencia de pensar que Verónica era muy hábil y lista. Sonrió para sus adentros y desechó cualquier temor con respecto al otro. Regresó a su mundo de silbos y palomas, sin más preocupación que acordarse de hacer una reserva por horas en el Hostal Román, al lado de Yedra. Era de sobra conocido en el lugar, así que con cuatro palabras, su nombre y la hora, sería suficiente, y quien escuchase no alcanzaría más certeza que la de haber oído concretar una cita de trabajo a deshora, algo corriente en el mundo de los seguros.

Hizo la llamada poco antes del medio día.

-Hola, Román. Soy Adrián Castelo. ¿Puede ser hoy a las seis de la tarde?

Por supuesto que podía ser. En días así nada entorpece el camino, todo se confabula para que los pasos deseados no tropiecen con más obstáculo que el lento transcurrir del tiempo. Incluso su disculpa con Rosaura era cierta: hoy tenía una reunión con los socios del club de fútbol, aunque a una hora más temprana de lo dicho. Ni por mentiroso completo se le podía tomar.

Tras colgar el teléfono miró de soslayo a Sabas, y lo notó meditabundo, sin tocar a penas las pólizas que tenía acumuladas sobre la mesa, pero no parecía malhumorado, sólo distraído. Un día vago, dedujo Adrián; se lo concedería, al fin y al cabo estaba en deuda con él. Sonrió por enésima vez esa mañana. Al día siguiente le ordenaría, fingiendo incluso cierto enfado, despachar todo el trabajo atrasado. Era extrañamente grato humillar al marido de su amante. Indigno, lo reconocía, pero aumentaba el placer de la aventura.

Sabas, tres mesas más allá, estaba absorto intentando elucubrar un plan que le permitiese descubrir la infidelidad de Verónica y dar así con el culpable de este tiempo amargo. ¿Y una vez desvelado qué haría? No pudo dar con una respuesta, sólo pensó que los pasos atinaba a darlos de uno en uno: no era capaz de hacer cálculos más allá de lo inmediato. Y lo urgente era descubrir al engañador. Después las soluciones irían apareciendo también de una en una, según le fuesen llegando los golpes. Lo que ahora tenía que hallar era la forma de seguir a su mujer hasta el lugar inescrutable de la cita. El plan de por la mañana era bueno, pero ella lo había derrotado en breves segundos, ya que, con la disculpa de visitar a sus padres, se iría de casa poco antes de que él llegase.

A la hora del almuerzo Sabas fue a la cantina que ofrecía sus platos rápidos al lado de la oficina, pero apenas tragó unos pocos bocados sin gusto. Dejó la comida frente a él, preguntándose qué hacía allí aquel plato insulso delante de su boca desganada. O mejor, qué hacía él perdiendo el tiempo y la vida frente a un pescado frito, cubierto de mayonesa y rodeado de patatas; sentado solo a la mesa de un bar, con la única compañía del chico que ponía o

quitaba los cubiertos con la dejadez de quién odia a quien sirve. Eso era lo importante, y no comer. ¿Qué estaba haciendo él allí? Meditaba sobre planes ridículos de vodevil decimonónico, ocultaba tras el silencio su cobardía y se refugiaba en el trabajo como un animal herido lo hace en su cueva. Todo eso tendría que cambiar, dar un vuelco que le despertase del sopor interminable que había sido su vida. Por una vez, la primera, resolvió actuar de frente, con la palabra por solución, y no con el silencio de la duda o la artimaña del ladino.

## CAPÍTULO IX

Sabas salió del pequeño restaurante con la decisión tomada. Iría a su casa en ese mismo instante, antes de que Verónica se escapase, y le hablaría de los años pasados juntos, de los recuerdos compartidos, de la reciente casa que sería el inicio de su nueva vida. Una nueva vida, esa era la clave. Pero antes subió a las oficinas de Seguros Onix y pidió la tarde libre al jefe de personal.

-Supongo que no hay problema, aunque el jefe de su departamento también ha pedido librar la tarde. Algo del fútbol.

-¿Adrián? Bueno, así no me echará en falta.

Pronto dejó de pensar en su amigo y jefe, y en un par de minutos estaba en la calle yendo a paso ágil hacia el aparcamiento. En la entrada de éste ya no se vislumbraban los dos policías entrevistadores.

A esa hora de comidas rápidas había un gran trasiego de gente entrando y saliendo, y sería un caos semejante labor policial. Además, pudiera ser que hubiesen abandonado una línea de investigación que no les condujo más que a la pérdida de tiempo. Sin duda habrían desistido de encontrar algún testigo de la muerte de Zenón y de su expolio: el maletín y la pistola. Estaba seguro de que la policía tendría referencias de lo primero, además de contar con la evidencia de lo segundo debido a la funda vacía del costado, pero habrían dado por imposible encontrar un testigo providencial, dilucidó otra vez Sabas.

En cuanto entró en el aparcamiento, su mirada se lanzó, sin lograr impedirlo, hacia el Mercedes negro. Allí estaba, quieto y en aparente reposo, como una fiera al acecho. Desvió la mirada, en cuanto pudo, con cierta

repugnancia y temor. ¿Cuándo lo quitarían de allí? Avanzó unos pasos, y varios metros más allá le pareció reconocer una figura dentro de un coche aparcado. Era la chica guapa de la cafetería. Estaba en el asiento de atrás, y los delanteros eran ocupados por dos hombres que su imaginación nerviosa creyó también identificar como los ocupantes de un coche entrevisto aquella misma mañana, cuando él acababa de abandonar el suyo y se dirigía hacia la salida, antes de toparse con la pareja de policías. Casi estaba seguro de haberlos visto dentro de ese vehículo, con sus caras opacas, sin más expresión que la escrutadora. Y sin la joven, por supuesto, que estaba haciendo preguntas en el exterior.

Era un momento importante, pues si de alguna forma habían llegado a identificarle, ahora iba a pasar delante de ellos y estaría a su alcance. No tenían aspecto de policías, y sus métodos no serían los de una entrevista estereotipada, de eso no le cabía duda alguna a Sabas.

Recorrió la distancia hasta su Fiat con pasos de pretensión decidida y firme, pero resultaron torpes y con un ligero traspiés que disimuló frotándose una pierna, como si un dolor imaginario fuese el culpable. Llegó sano y salvo al vehículo, y una vez dentro aún tuvo fuerzas para lanzar una mirada torva hacia los tres del otro coche. Seguían dentro. Todo bien. Arrancó con más brusquedad de la debida y las ruedas chirriaron en la primera curva antes de la rampa de salida. Frenó con cierta brusquedad ante la valla levadiza, adyacente a la garita del guarda, y antes de pasar su tarjeta de abono echó un vistazo al monitor que vio dentro. Poco más que cabezas sin relieves dignos para identificación alguna y el vigilante leyendo un periódico. Por este lado, al menos, podía estar tranquilo.

Rodando hacia su urbanización, Sabas hizo un esfuerzo por olvidar a los tres ocupantes del coche. Aunque la mujer era una delicada carita hermosa, los otros dos podrían desmembrarlo como quien deshoja una flor. Y sin pestañear. Prefirió, y era más urgente, pensar en Verónica y todo lo que tenía que desahogar con ella: ponerle en el regazo los años de su derrota, pero también la esperanza de su resurrección. La de ambos. Y cuando supiese del dinero, sería más crédula sobre el futuro que él le ofrecía.

Aparcó frente al chalé y entró en la casa pocos segundos después. Llevaba tantas palabras consigo que en la misma puerta se salían como borbotones de sangre por una herida abierta.

-¡Verónica! Escucha, Verónica...

Aunque alzó la voz como no recordaba haberlo hecho nunca antes, el silencio le contestó con la dureza de la evidencia cruel. Se lanzó al salón, pasó por la cocina, recorrió todas las habitaciones, incluso dio unos suaves golpes en el baño antes de mirar con la tozudez de la sinrazón. Nadie. Aún así tardó varios minutos en aceptar que de nuevo la vida se le había adelantado una hora, puede que menos. Lo cierto es que no importaba la medida del retraso. Un segundo atrás, un paso de menos, y ya era suficiente para que dentro de la casa estuviesen él y su derrota. Nadie más. Por fin, aceptó la soledad.

Sabas se tumbó en un sillón de la sala de estar como quien deja caer un cuerpo muerto, inútil y sin resistencia ante la fuerza de la gravedad que lo vence. La sombra de la depresión cortó los alambres tensos de su anterior ímpetu, y quedó tan desvalido como siempre había sido.

Verónica podría estar ahora en casa de su padre enfermo, pero llamar por teléfono a sus suegros era arriesgarse a descubrir otra vez su ausencia y la

insufrible mentira. Sabas había perdido la fuerza de un impulso fugaz y se abandonaba en el vértice opuesto, aceptando la derrota cuando aún sobre el tablero estaban las piezas dispuestas. Entonces hizo lo más ridículo que podía esperarse, aunque la razón para ello bien pudiera ser esa nombrada sombra que ocultó su entendimiento: Sabas se durmió.

Despertó poco después de las cinco de la tarde, y durante unos segundos no fue capaz a recapitular todos los acontecimientos de las horas anteriores como si fuesen un legajo borroso y escrito con mala letra. Así disfrutó de unos momentos que el olvido convirtió en ajenos a la realidad, unos segundos de sosiego, aunque poco duró esta sensación de engañoso bienestar, pues al pronto regresaron sobre él todos los recuerdos y temores. Se incorporó con gesto dolorido del sillón que había servido de urgente cama, y como un autómatas comenzó a recorrer la casa, pero esta vez con lentitud parsimoniosa, como si estuviese despidiéndose de cada rincón. Llegó al dormitorio y no quiso evitar un gesto de dolor al mirar la cama, fría e inhóspita desde hacía tantos meses. Después se fijó en los objetos que estaban esparcidos encima del tocador. Verónica parecía haber vaciado allí su bolso o parte de él: un paquete de tabaco sin abrir, un mechero barato, una cajetilla con pastillas de regaliz y varios objetos más. ¿Estaba dejando de fumar?

Sabas dejó la habitación y se encontró en medio del pasillo sin saber qué hacer. Necesitó un cigarrillo. Hacía mucho que había dado por perdida la batalla ante el tabaco, pues los intentos siempre fallidos le convencieron de la desigual lucha, y en ese instante la confrontación a la que se enfrentaba era bien distinta al humo. Entró de nuevo en la estancia recién abandonada y tomó el paquete de cigarrillos junto con el mechero de plástico, que mostraba unas

palabras publicitarias pintadas en blanco: *Yedra, Bar Restaurante*. Nunca habían ido él y Verónica a ese lugar. Al menos juntos. Y en el recuerdo de Sabas surgieron las palabras de Zenón sobre parejas riéndose en una mesa dentro de ese local. ¿Coincidencias sin sentido y crueles para un estado de ánimo predispuesto? Eso sería, pensó. Pero ya no podía detener la asociación de ideas que se introducían en su reflexión como alfileres de luz. Yedra estaba a cinco calles de las oficinas de Seguros Onix; al lado tenía un pequeño hotel, muy inferior en categoría al renombrado restaurante. ¿Cómo se llamaba? Hostal Román. ¿Y qué le había oído hablar por teléfono a su jefe y amigo? ¿Una entrevista de trabajo con alguien llamado Román? ¿A las seis? Coincidencias, pero muchas, y caían en un terrero abonado para la duda y la desconfianza; también propicio a la intuición del desesperado.

Entonces, ¿con Adrián? Con él precisamente, ¿por qué no? Que la humillación fuese completa. Adrián y su sonrisa eterna, su triunfo constante, su brillo en cada gesto. Adrián, su doble disparejo. Habían nacido el mismo día, del mismo mes, de igual año; habían estudiado juntos en la universidad y comenzado el trabajo en Onix a un tiempo. Se habían casado con tres meses de diferencia, ninguno tenía hijos y a ambos les gustaba Verónica. ¿Dónde estaba la diferencia entre dos polos opuestos? Sabas tuvo el suficiente cinismo para forzar la boca en una sonrisa poco cuerda.

Aún tenía tiempo de llegar al descubierto lugar de la cita antes de las seis, así que de nuevo recuperó el impulso de moverse, de luchar, aunque ahora el motivo fuese la ira... o quizá la envidia. Con tales pecados logró vencer la dejadez del abandono y la sumisión ante aquello que siempre le superaba: el poder de los demás. Esa fuerza impura le hizo poseedor de la

ilusión por recuperar a su mujer. Él también tenía derecho a ser feliz y contaba con la fuerza para lograrlo, aquella que como heredero universal había recibido del gordo Zenón: dinero y un arma. Sólo le faltaba saber el orden en el que los emplearía.

## CAPÍTULO X

Sabas corrió a coger el maletín oculto tras el armario de las herramientas y se introdujo con él dentro del coche; antes de arrancarlo, sacó de la guantera la pistola, buscó el seguro del arma y la liberó para el disparo, después comenzó a conducir a una velocidad impropia de un hombre siempre prudente.

No tenía un plan claro, perdido como estaba en una amalgama de pensamientos retorcidos como telaraña rota al viento, vorágine de sentimientos que se destrozaban en cuanto tropezaban con un atisbo de razón; pero el entendimiento tibio era de lo que carecía Sabas por primera vez en su vida. Ahora se había convertido en un ser con una idea fija, empujado por el vacío de sus cuarenta años perdidos y la rabia de haberlos desperdiciado. Nada existe más peligroso que un hombre sin pasado al que sujetarse en las horas de desconcierto.

Unos minutos antes de llegar a su destino, cuando atravesaba las últimas calles aledañas a la de su interés, Sabas aún no había decidido el orden de las cosas.

En cuando descubriese a la infiel pareja podría ir maletín en mano y mostrar a Verónica la fortuna que alteraría su futuro; pero con el ladrón feliz al lado, con sus risas y palabrería fácil, todo se vendría a bajo en un segundo. Otra opción era disparar sin más contra Adrián, pero a partir de ahí nada sería capaz de razonar con la demencia de una mujer que tiene un muerto al lado y ve a su asesino pistola en mano. Sabas, a pesar de su desvarío, aún ataba las ideas con hilos de cierta lógica; por eso, algo más calmado tras el breve viaje,

decidió que mejor esperaba a verlos juntos y después tomaría una decisión que no le perjudicase.

Aparcó, poco después, ya más calmado, enfrente de la fachada discreta y elegante de Yedra. El reloj avanzaba su manecilla unos minutos más allá de la seis.

Adrián y Verónica salieron del bar cogidos de la mano. Ella sonreía con la luz de una felicidad que la transformaba hasta el punto que Sabas tardó en reconocerla. El otro, su enemigo, gesticulaba con la mano libre y la miraba a ella sin dejar de hablar un solo instante. Caminaban despacio en dirección al Hostal Román.

Sabas empuñó la pistola dentro del coche y bajó la ventanilla, pero mantuvo el arma agarrada con fuerza y apretada contra sus muslos sin atreverse a levantarla. Una fuerza mayor que su dolor e incluso que la rabia que sentía viendo aquella pareja de traidores felices, le impedía elevar el arma, apuntar y disparar. Estaba paralizado, incapaz de mover un solo músculo. Su mirada era la única parte con vida. Vio a los infieles entrar en el hotel y cómo Adrián, un poco antes de perderse en la oscuridad interior del portal, la besaba.

Sabas no necesitó preguntarse qué le había pasado. Allí estaba el miedo de siempre, la cobardía de todos los minutos de su apocada vida que había culminado su labor de humillación en aquel instante. Incluso le parecía lógica la situación. Al fin y al cabo no podía esperar más de sí mismo. Era capaz de rastrear como un perro, planear como el mejor estratega, pero le faltaría siempre el estallido final. Él jamás alcanzaría un momento sublime, aunque fuese de perversión, violencia o crueldad, y tampoco llegaría nunca a realizar

un acto elevado de lo contrario, bondad, dignidad o belleza. Era un hombre templado, tenue, gris, desapercibido. Nadie, casi.

Circuló por las calles de la ciudad sin un destino claro, por la necesidad de moverse, de alejarse, de no seguir mirando el portal oscuro que ocultó a quienes destrozaban su inútil vida. Si después entró en el aparcamiento subterráneo de todos los días, fue porque lo encontró de frente en una de sus muchas vueltas sin sentido. Era lo que hacía todos los días. Animal de costumbres, había dicho el difunto Zenón, y era cierto. Colocó el vehículo entre dos líneas blancas, junto a otros coches que dormían el sueño del metal inerte. Unos metros a su izquierda, estaba el Mercedes de su amigo muerto, y a sólo dos coches de distancia, el que pertenecía a los dos malencarados y la chica guapa, aunque ahora se encontraba vacío.

Poco después, Sabas se encontró andando por las calles cercanas en dirección a su oficina, según la costumbre diaria, y quizá hubiese intentado llegar hasta su mesa para comenzar a registrar en el ordenador las pólizas de seguros atrasadas que se apilaban sobre su escritorio sino hubiese pasado cerca del bar en el que conoció a Zenón y había visto a la joven elegante y bella. Un destello de razón y de maldad le hizo volver en sí. La idea germinó muy pequeña al principio, pero fue creciendo con un vértigo que le hizo tambalearse.

-¿Se encuentra bien?

Estaba dentro del bar y el camarero de siempre le estaba hablando.

-Déme un coñac.

Cuando se lo trajo, Sabas tenía muy claras las preguntas que debía hacerle.

-¿Se acuerda de mí?

El otro empequeñeció sus ojos en un esfuerzo visual de apariencia inútil por el gesto de su cara.

-Estuve aquí por la mañana, cuando la chica aquella tan guapa y que tanto habló con usted.

-Bueno, de ella sí me acuerdo. Tan mal no tengo la vista para no ver *aquello*.

El camarero miope hizo un movimiento con las manos a la altura del pecho mientras Sabas persistía en el interrogatorio.

-Sí, a esa me refería. Era muy parlanchina, ¿no?

Sabas esperaba que con eso fuese suficiente para sonsacar al otro, sino tendría que seguir improvisando preguntas indirectas. No hizo falta. El cegato se explayó con gusto.

-La nena preguntaba sin parar por un gordo que dejaba buenas propinas y siempre iba con un maletín. Tengo mala vista, ya dije, pero quién no ve a un tipo tan grande. Y como para olvidar sus donativos a la causa hostelera. Por cierto, esa mujer me dijo que murió de un ataque al corazón, después también lo leí en el periódico. Es que no se puede estar tan gordo.

-¿Era de la policía?

-¿El gordo?

-La mujer.

-No. No creo. No se identifico como tal.

-¿Y qué más le preguntó?

-¿No será usted el policía?

-Podiera ser.

-Pues que buscaba amigos del muerto. Que si yo conocía alguno.

-¿Y los conoce? A los amigos del gordo, quiero decir.

-Pues no, yo sólo me acuerdo de él y sus propinas. Y de que llevaba un maletín, de eso también.

Sabas ya tenía bastante información. Aunque, a fin de cuentas, sólo confirmaba sus sospechas, pero ahora estaba seguro. Su plan ya podía iniciar el camino que habría de permitirle la venganza, esa que él, con sus propias manos, era incapaz de consumir.

Apenas acabó la copa y pagó, sin dar propina para evitar así la memoria pecuniaria del miope, se lanzó con pasos largos y rápidos hacia su coche. Tenía en la cabeza todo un plan tan elaborado que no se explicaba cómo pudo imaginarlo con esa precisión y rapidez. Pero ahí estaba, perfecto y letal como una bala. Y esta sí sería capaz de dispararla, porque él sólo tenía que ser el chico de los recados. Eso sí sabía hacerlo.

## CAPÍTULO XI

Mientras Sabas comenzaba a recorrer las calles intentando llegar a ningún lugar cierto, y antes de que alumbrase la idea que marcaría un quiebro en su vida, en el Hostal Román, tanto Adrián como Verónica ascendían las escaleras hasta una habitación en el primer piso, ajenos a cualquier cosa que no fuese su deseo por olvidar lo que habían sido treinta minutos antes y a lo que regresarían una hora después.

En cuanto cerraron la puerta de la habitación tras ellos, la mujer tomó la iniciativa, y con un brazo se prendió al cuello del hombre mientras con la otra mano libre buscaba en la entrepierna del varón la certeza de que el tiempo era eterno: al menos durante una hora.

La habitación era tan escueta en mobiliario como en adornos, pero disponía de lo imprescindible para un viajero de paso o una pareja urgente: un baño tan pequeño como una caja de zapatos en posición vertical, un armario para cuatro perchas y una maleta, una mesilla de noche con una lámpara minúscula de color rosa y una cama tan estrecha que impedía la huida, sobre ella adornaba la fotografía de una catedral gótica sin más sentido que el de tapar un trozo de pared. Suficiente.

Adrián comenzó a subir el vestido de Verónica, pero ella, con una sonrisa complaciente, se giró para mostrar la cremallera en la espalda, y él, con dedos lentos y pacientes, descendió toda la longitud del cierre mostrado. La tela que cubría un cuerpo encendido se depositó sobre las tablas del suelo sin más sonido que dos suspiros. Después, él abandonaría la prosaica ropa de todo varón, también con la ayuda de ella, y así quedaron enfrentados con las

pequeñas telas que cubren el final de la desnudez. Desprenderse de estas últimas y arrojarlas en simas de olvido difíciles de hallar duró el tiempo de un arretrato.

Tanto él como ella se abandonaron en las manos y la piel del otro como dos náufragos que nadan hacia una isla que les salve. Los labios del hombre recorrieron el cuerpo de ella dejando rastros estremecidos en una arena cálida, y eran respondidos por la mujer con la marea ascendida que a él le impulsaba a seguir navegando sobre ella; mientras, las manos de ambos buscaban sin pausa y en aleteo constante cada gemido salvador que pudieran provocar. Cuando el límite del placer le llegó a Adrián, aún persistió en sus movimientos de ola hasta lograr el último grito de auxilio en Verónica.

Comenzaban a perderse las últimas luces de la tarde tras la ventana del hotel, aunque las farolas callejeras aún no habían encendido su engaño nocturno. Dentro de la habitación, la pareja de infieles buscaba por el suelo las últimas prendas de vestir en un silencio apresurado, aunque feliz. Fue él quien rompió el mutismo, mientras calzaba el último de los zapatos sentado al borde de la cama.

-Un día de estos tenemos que pensar en lo nuestro.

-Un día, sí.

-Quiero decir que alguna vez tendremos que dejar de escondernos por horas aquí dentro.

Verónica aún no podía tomar ninguna decisión que acarrease quebrantos y rupturas en su vida. Las discusiones con su marido, los reproches

de su madre, los gritos interiores y el daño podían esperar. La tranquilidad apacible del paso de los días era un bien que le daba pereza abandonar.

-Ya te había entendido. Un día hablaremos de ello, pero no ahora, ¿de acuerdo?

Adrián dio por buena aquella postura de comodidad y falta de compromiso. Lo cierto es que las horas alquiladas de aquella habitación eran suficientes de momento, y todavía el tiempo por delante era largo. Ese tiempo que parece eterno a quien lo disfruta.

-¿Sabes que mañana es mi cumpleaños, Vero?

Adrián se arrepintió de haber hecho la pregunta, pues introducía a Sabas, sin pretenderlo, en un lugar que era sólo para ellos dos; pero ya era tarde: la voz no puede romperse como el borrador de una carta.

-Lo sé. Cumplís años el mismo día. Ahora, cuando me vaya, os comparé algo.

-¿A él también?

-¿Celoso, tonto?

Lo estaba, pero dijo que no con una sonrisa de suficiencia falsa. Se vengaría mañana del otro en la oficina. Le humillaría con el trabajo atrasado y exigencias sin sentido. Él, Adrián, era el engañador, el usurpador, lo sabía, pero no le importaba ni podía apartar de sí los celos cuando pensaba que Sabas compartía con Verónica una casa, un dormitorio y una cama. Aunque ella le asegurase que hacía meses no se tocaban bajo las sábanas ni para cambiar de postura durante el sueño. Sería verdad. Prefería creerlo así, pero no estaba seguro. Las mujeres adornan las verdades según el color del que quieran pintar las cosas.

-¿Y qué me vas a regalar?

-No tengo ni idea. Y si lo supiese no te lo diría.

Salieron del hostel en el preciso instante en el que las farolas callejeras se encendían y tornaban la apagada luz natural en el artificio de túneles luminosos. El cambio de percepción les hizo creer que el mundo se volvía íntimo sólo para ellos, que todo se disponía a su placer para arroparles en espacios reducidos y tiernos.

No podían saber que el decorado que nos envuelve es tan cierto o falso como nuestros sueños, y tan duradero en un caso y en otro como ellos. La aparente eternidad que sintieron al caminar juntos por la calle recién iluminada, ocultaba, más allá de sus luces, el tejido de una araña a quien ellos mismos estaban ayudando sin saberlo.

-¿Me vas a descubrir el regalo o no?

-Te quedas con la duda, bobo.

Se despidieron con una mirada y una caricia en las manos.

## CAPÍTULO XII

Tras abandonar el bar del miope y aún con el sabor del coñac en la garganta, Sabas pasó por delante del coche vacío de la *banda de los tres*, que así comenzó a llamar a la chica y los dos matones, ya que como tales los suponía, y contaba con equivocarse muy poco, pues la historia imaginada trenzaba todos los detalles con la perfección de un tapiz sin fisuras. Gente peligrosa lo parecía, y si no eran policías habrían de ser secuaces en busca del dinero como perros de caza olisqueando en todas direcciones hasta dar con la buena. Y él iba a facilitarles la persecución. Pondría bajo sus narices un olor que no podrían ignorar.

En cuanto Sabas llegó a su viejo Fiat, oteó a su alrededor y no observó mirón alguno; cogió el maletín negro, que aún reposaba con imprudencia sobre el asiento delantero, y fue con él hasta el maletero, allí lo vació dejando caer los fajos de billetes que sin ruido se apilaron sobre la tapicería, entremezclados con una caja de herramientas, triángulos de señalización y un chubasquero; después arrojó el propio maletín sobre aquella dispar mezcla y entró en el coche. Colocó dentro de la guantera el arma y tomó un bloc de notas que guardaba desde no recordaba cuándo. Después escribió con rasgos nerviosos la carta más importante de su vida. Con letras mayúsculas, para mayor claridad y buen entendimiento, garabateó: “TENGO EL MALETIN DE ZH. NEGOCIEMOS. A LA 5 DE LA TARDE JUNTO AL PORTAL DE SEGUROS ONIX”.

No le importó la mala redacción del mensaje. Por un lado, daba por supuesto que el vistoso bajorrelieve del maletín con las iniciales del muerto era

bien conocido por la banda de los tres; también tenía por seguro que darían con el edificio de Seguros Onix, aunque no lo conocieran ni la nota lo explicase; y por supuesto, debieran de entender el día de mañana como el del encuentro, aunque no lo mencionase, y si no, seguro que esperarían apostados en los alrededores de la oficina el tiempo que fuese necesario. Aunque el mayor desconcierto para esa *banda* no sería la misiva mal escrita, sino haber caído en manos de quien era la supuesta víctima. Las caras que dibujarían serían merecedoras del riesgo que comportaba quedarse para verlas, peligro que Sabas no estaba dispuesto a asumir, por supuesto; se conformaba con imaginar el asombro del oscuro grupo y el posterior cruce de miradas descompuestas entre la bella y los dos fornidos. Un poco más tarde, pasado el primer pasmo, siguió pergeñando Sabas, comenzarían las reflexiones con sentido. ¿Cómo quien tiene el dinero y está bien oculto se nos brinda con tanta facilidad? No tendrían respuesta para eso, porque no había ninguna razonable, pero aún así seguirían las indicaciones de la nota, ya que era lo único por lo que su ambición podría sobrevivir.

Camino de la flamante urbanización, y a pesar del dolor que laceraba su entendimiento, Sabas fue capaz de reírse a carcajada plena pensando en su banda de los tres. No era consciente del contraste ilógico que se cocinaba entre el daño íntimo que le sucumbía y la risa desproporcionada dentro de la soledad de su coche, conjunción que abría la puerta al desequilibrio de la mente por la que reptaba una sombra de peligrosa sinrazón.

Llegó a su vivienda en un estado cercano a la euforia desmedida e irrazonable, tapadera y engaño para sí mismo ante el encuentro con su mujer.

Tal era su ofuscación que se equivocó de puerta e intentó entrar en el chalé gemelo al lado del suyo. Una nueva risotada le puso en el camino correcto.

Verónica se sobresaltó al oír el portazo de la entrada triunfal de su marido, que la saludó con una alegría impropia en él. Ella pensó que habría bebido y temió alguna situación incómoda que trató de evitar con una actitud cordial.

-Querido, has dejado el coche en la calle.

-¿Quién se va a llevar esa chatarra?

-Pues casi coincidimos. Yo acabo de llegar de la peluquería.

Sabas no contestó ni envió una mirada de comprobación hacia el pelo de su esposa. Lo que hizo fue sentarse con desmayo en un sillón, al lado de otro en el que Verónica también reposaba la tarde, para así dar apariencia de comenzar una velada televisiva como tantas otras.

-Pareces cansado. Además, hoy llegas tarde, ¿ha ocurrido algo?

-¿Lo de cansado es por mi forma de sentarme? Sí, serán los años que me doblan las piernas. O puede que sea el futuro que me pesa. A veces me parece que los próximos años serán mejores y otras lo dudo. Será ese mi cansancio. Y llego a esta hora porque me distraje con tres amigos.

Verónica no auguró nada bueno tras tanta verborrea rebuscada e inusual, así que haciendo un esfuerzo siguió con su voz apacible y hasta cariñosa.

-Lo dices porque mañana es tu cumpleaños, ¿a que sí?

Llevarla a este punto fue más fácil de lo que él pensaba. Ahora sólo era necesario tirar del hilo hasta que todo el ovillo estuviese en su mano.

-Mi cumpleaños y el de mi *gemelo*.

Verónica quedó sin recursos con que llenar de palabras aquel momento, y dejó que el aparato de televisión sustituyese lo que tarde o temprano habría de manifestarse. El silencio entre ambos duró varios minutos, hasta que ella supo que la respuesta era necesaria.

-¿Gemelo?

-Claro, nuestro amigo Adrián. Nacimos el mismo día.

-¿Ah, sí? No me acordaba.

Verónica sabía que pisaba terreno minado, por eso sus frases comenzaron a ser cortas y la vista se clavó en la pantalla del televisor como si fuese un agujero por el que escapar en caso de necesidad. Pero las intenciones de Sabas no se deslizaban por el sendero que la mujer temía. El objetivo de él ya estaba cercano, y su interés se hallaba muy lejos de iluminar la zona oscura que los dos silenciaban, aunque en apariencia la rozasen hasta casi abrasarse.

-¿Nos vas a hacer un regalo, Vero?

-¿A los dos, quieres decir?

Verónica se vio en la necesidad de improvisar con la urgencia de quien sufre una pregunta inesperada en un difícil examen oral. No alcanzaba a entender la palabrería sin sentido de Sabas, que quizá sólo se debiera a dos o tres copas de coñac, pero se obligó a ser convincente en su respuesta.

-Ahora ya es un poco tarde para ir de compras, querido, pero tenía para ti dos regalos, un frasco de tú colonia y un reloj; podemos dar uno de ellos a tú amigo, si tanto interés tienes.

Todo quedó resuelto según las pretensiones de Sabas. Él mismo se maravilló de cómo las propias situaciones forjaban los hierros de la trampa que

de forma acorde a sus intenciones surgían de la nada. Con el leve esfuerzo de observar, conjeturar e inducir, las circunstancias se volcaban en una pendiente sencilla y favorable, en caída libre hacia sus manos. Por fin era un hombre con suerte. Los hilos complejos de una araña paciente se iban entrelazando con la ayuda de las propias víctimas. Ahora, Verónica, podía telefonar a Adrián anunciándole el regalo. De hecho, Sabas estaba deseando que lo hiciese. Sería lógico, además de propiciatorio.

Fue lo que hizo la mujer en cuando su marido se acostó, mientras ella, para no irse a la cama, alegó un especial interés en seguir las andanzas de las ballenas azules en un reportaje televisivo. Esta vez usó el teléfono móvil y no alzó tanto la voz como el día anterior, cuando fingió la conversación con su peluquera.

-Adrián, soy yo.

-¿Qué ocurre? ¿Algún problema con el partido del domingo?

Verónica le explicó el extraño comportamiento de Sabas, y que éste mismo le llevaría un regalo mañana a la oficina. No era capaz de entenderlo ni darle un sentido razonable, pero no parecía que en todo esto hubiese más intención que la que se encuentra en los efectos de media borrachera.

-Bueno, pues si los chicos del club quieren hacerme un regalo, bienvenido sea. No le demos más vueltas. Y déjalos a su aire, que beber entontece y así no piensan en otras cosas.

En su habitación, Sabas, medio dormido y con la tranquilidad que a veces produce la mente poco equilibrada cuando cree tenerlo todo bajo el control de su voluntad, sólo pensaba que mañana buscaría una bolsa bien

grande de papel o de plástico. La del último traje comprado por Verónica serviría. Aún estaba guardada por algún sitio.

## CAPÍTULO XIII

Nadiuska, madrileña como el difunto Zenón a pesar del nombre, hablaba por el móvil con la pasión de quienes no se contienen y juntan a la voz los ademanes de aspas de molino. A veces gritaba, aunque también, por momentos, ataba la voz en el nudo de un esfuerzo no disimulado. Cuando amarraba a duras penas su lengua para escuchar, el rostro se le deformaba en máscara de impotencia y contención extrema, lograda con el esfuerzo de quien está obligado a oír, aunque no lo desee.

En la misma habitación del hotel, sentado y mirando por la ventana, concentrando su vista en el edificio de enfrente y la noche que lo cubría, Kolo intentaba mantener sus oídos ajenos a los chillidos agudos de la otra. Su tranquilidad era más importante que toda aquella tormenta de palabras que para él no tenían más sentido que las instrucciones de un prospecto farmacéutico. Kolo actuaba según los mandatos recibidos, eso era cuanto tenía que hacer. Lo suyo era fácil y sin complicaciones. Allá la Nadiuska con sus aires de jefa. La niñata sería quien respondiese ante los *de arriba*, y por mal camino iba si además de no dar con el dinero se ponía a gritarles como una puta loca. Él, Kolo, tranquilo.

La mujer cerró la tapa del móvil y lo arrojó sobre la cama sin deshacer, impoluta e inhóspita, como todas las de los hoteles.

-¡Pero qué se creerán! Esto es una ciudad de mierda, pero estamos buscando una gota de agua en un río, ¡coño!.

Kolo la oía como si estuviera tumbado junto a ese río y el rumor del agua le adormeciese. Incluso entrecerraba los ojos para que tal truco amortiguase los rugidos de Nadiuska. Mientras, la mujer seguía bramando.

-Se empeñan en que tiene que haber cintas grabadas. ¡Que no las hay, coño! En este pueblo de mierda no les funciona el sistema desde hace más de un año.

-Estuve en la garita del guarda y el aparato de video tiene más polvo que el coño de una puta vieja.

El esfuerzo de Kolo para hablar se vio recompensado con un bufido de la mujer y la orden de que no le contase aquello que sabía.

-Tú sigue embobado con la ventana y deja que yo hable sola.

Así lo hizo durante unos minutos más hasta que vació al aire gran parte del veneno que no podía escupir contra alguien, contra ese anónimo ser que se escabulló con el maletín custodiado por el gordo estúpido y parlanchín. Si le hubiesen encomendado el trabajo a ella, la entrega ya se habría hecho, y ahora estaría de vuelta en Madrid y no buscando un fantasma en esta ciudad limpia hasta la repugnancia y aburrida como todas las de provincias.

Kolo se movió incómodo en su silla. Comenzaba a ponerle nervioso el ir y venir incesante de la otra, a pesar de que por fin había dejado de hablar consigo misma. Ahora la mujer calmaba su agitación con paseos por la habitación mientras parecía rumiar entre dientes maldiciones interminables.

-¿Por qué no te sientas tú también de una puta vez, niña?

-Vete a la mierda.

Kolo reconoció que a pesar de tener unos veinte años más que aquella fiera, no lograba imponerse a ella. Era una cría de serpiente, pero su

mordedura sería igual de dañina que si fuese una grande. Mejor dejarla retorcerse por la habitación. Él seguiría quieto, tranquilo, mirando el paso de la oscuridad por delante de la ventana. Las cosas tienen cada una su momento, sólo es cuestión de esperar. Todo llega cuando uno se sienta y espera; después surge el minuto de la acción. En medio de estas reflexiones Kolo bajó involuntariamente la vista a la acera iluminada por farolas de luz amarilla, y vio cruzar la calle, a la carrera, al tercer integrante del grupo. El Choni hacía quince minutos que había salido para recabar información entre conocidos confidentes de la policía por ver qué sabían del caso Zenón, y era imposible que volviera tan pronto a pesar de ser rápido como todos los nerviosos, siempre con la prisa irreflexiva como norma. Algo empezaba a moverse en aquel asunto, Kolo lo notó en todo su cuerpo, que se puso tenso. Su posición seguía siendo la de un apacible adorno detenido sobre la repisa de una esquina, pero por dentro comenzaba a bullir el hervor de la acción.

-Ahí viene el Choni.

Nadiuska, en cuanto oyó a su compinche, no precisó de más explicación para pensar y sentir como el oso lento que miraba por la ventana. Sus pasos se detuvieron y no movió tan siquiera el aire que se espesaba en su derredor: era un felino atento al salto.

Ni Kolo ni la mujer intercambiaron una sola palabra, tampoco una mirada de comprensión; ambos mantuvieron los ojos apuntando hacia la puerta en una espera tensa. El tiempo se detuvo, retenido en los puños crispados de ella y entre los dientes apretados de él.

En cuanto el Choni entró, con su desenfreno habitual, no necesitó de ningún preámbulo o justificación para aclarar su pronto regreso, y por tanto el

incumplimiento de la tarea ordenada. Los tres eran profesionales de un mundo que gira por la violencia de engranajes sin piedad, y en el que cada uno era consciente de que hacer lo indebido no se pagaba con una multa. Si estaba allí era por algo importante. Los tres lo sabían. El Choni, gritó:

-Apareció esta nota pegada al cristal del coche.

Tras la lectura del papel, repetida con la misma estupefacción una y otra vez, acabaron por mirarse buscando en los otros un gramo de cordura dentro de aquellas palabras escritas. Era imposible que alguien se lo pusiera tan fácil. Y esa no era la única duda, por supuesto. Las preguntas podían ser tantas como para que la noche transcurriese entre ellas dejando pasar horas estériles.

-¡Ni puta...!

-Deja ya esa palabra por un tiempo, ¿vale, Kolo?

Nadiuska era mujer de decisiones rápidas, además de contundentes, pero ahora no encontraba asidero para el impulso de una acción, por eso regañó a su compañero, aunque a ella le importase tanto la monotonía de sus palabras como oír llover. Después miró al Choni, por si éste tuviese algo mejor que mascar en la boca.

-No sé, Nadiuska, huele a trampa, pero trampa a favor nuestro. No se me ocurre nada para entenderlo.

El papel traído por el Choni pasó de mano en mano tantas veces que acabó por darles asco incluso su contacto. Al final lo guardó Nadiuska y todos se relajaron, aunque las dudas seguían encerradas entre barrotes de sorpresa y un poco de miedo. Como de costumbre, fue ella la que intentó colocar en orden los naipes desparramados.

-Cabén varias posibilidades. Una, que la nota proceda de alguien de nuestro ramo, entonces habrá que prepararse para lo peor. Dos, que un imbécil diese con el maletín, se lo llevase y ahora le quemé en las manos. Tres... no tengo ni puta idea.

-Eso era lo que yo decía antes.

El comentario de Kolo alivió la tensión, y todos sonrieron, incluso la mujer, a pesar de que el desconcierto era la parte más débil de sí misma y se sabía incapaz de estar sumida en él más que lo imprescindible antes de enloquecer. Necesitaba dar órdenes, actuar en cualquier dirección, moverse para no estar expuesta y sumisa ante el daño que siempre cae sobre los que se detienen ante la desorientación.

-Ahora mismo nos informamos sobre dónde está ese edificio de Seguros Ónix. Llevamos el coche enfrente de su puerta, y por turnos vamos a pasar la noche y el día de mañana viendo qué coño sucede allí, quien entra o sale; puede que reconozcamos a alguien, ¡qué se yo! A las cinco de la tarde, si para entonces no dimos con nada, organizaremos el encuentro con ese misterioso cabrón.

A los otros dos les pareció bien el plan de la mujer, ya que no se les ocurría algo que mejorase una noche en blanco mirando un portal cerrado hasta el amanecer; aparte de dormir, pero eso quedaba descartado ante la inminencia de los sucesos, de previsión violenta, que estaban a punto de estallar. Era para lo que habían sido reclutados y lo único para lo que servían.

El Choni no dejaba de frotarse las manos como si en lugar de un tic nervioso anticipase el lavado de una sangre venidera. Le inquietaban muchos vacíos en su cabeza, propensa a no entender más que de golpes y de esquivas,

pero necesitada de un asidero con sentido, un árbitro que indicase el comienzo y el fin de los asaltos.

-¿Y como dieron con nosotros?

-Pregúntaselo a la puta madre de Kolo.

## CAPÍTULO XIV

De nuevo despertó media hora antes de la estipulada en el reloj electrónico. Sabas había dormido bien, como aquellos que tienen en su cabeza la planificación de todo el universo y los hechos les dan la razón, por lo que descansan convencidos de que el tiempo marca las pautas por ellos establecidas. De lo que no era sabedor, con esta cómoda manera de pensar, era que se dirigía hacia un error tan evidente que sólo la ceguera del dolor podría explicarlo.

Se vistió con prisa; y no le hizo falta despertar a Verónica, pues los dos regalos envueltos en su correspondiente y vistoso papel reposaban en la mesilla de noche. Ella los habría puesto mientras él dormía. Diferenciar el uno del otro por la publicidad impresa no daba lugar a dudas. Todo seguía las pautas de un plan perfecto en el que cada pieza encajaba con la sencillez de las cosas bien hechas. Después sacó del fondo de un armario la gran bolsa de papel en la que había pensado la noche anterior, y tras un último vistazo a la durmiente, se fue procurando no hacer más ruido. Que ella durmiese de verás o no, carecía de importancia.

Una vez que llegó junto a su Fiat viejo y verde, abrió el maletero y a continuación el maletín negro, en el que introdujo la caja con el reloj. ¿Ella te habrá dicho que era un reloj, verdad?, puede que sí o puede que no, pero ahí lo tienes, pensó con disgusto. El paquete con la colonia lo arrojó sobre los fajos dispersos del dinero, que dejó diseminados con la indolencia de quien tiene cosas más importantes en las que ocuparse. A continuación introdujo el maletín en la bolsa de papel, junto con sus llaves dentro de las plateadas cerraduras.

Condujo hasta la ciudad sin temor alguno, pues sentía que todo se confabulaba a su servicio. Poco después, ya dentro del aparcamiento, andando hacia la salida con la bolsa en la mano, vio el Mercedes de Zenón todavía allí, como un cenotafio en recuerdo del gordo. No pudo distinguir el otro coche, el de *la banda de los tres*, por tanto, el aviso traicionero ya estaría en su poder y el movimiento de los acontecimientos inevitables seguía el camino diseñado. Sabas no hizo ningún esfuerzo por evitar que una placentera sensación de orgullo le hiciera sonreír mientras alcanzaba la calle. Cinco minutos después entraba en el bar del miope. Al igual que la mañana del encuentro con Zenón, hoy también era muy temprano para empezar el trabajo en la oficina, si es que eso tenía ya importancia. El camarero tomó la iniciativa del diálogo.

-¿Ponemos una copita?

-¡Vaya, se acuerda de mí esta vez!

-He recuperado las gafas.

Era cierto, llevaba lentes, pero no había problema alguno en que le recordase por asociación al coñac mañanero, como habría dicho Zenón, pues hasta ahí llegaría el reconocimiento del otro, y sería eso y no su cara anónima lo que motivaba la confianza y la distinción.

-Mire, ahí esta otra vez la tía buena. Hoy viene acompañada de un gigantón.

Sabas no desvió la mirada tras la confidencia susurrada por el dueño del bar, pero su cuerpo se volvió rígido, quizá en exceso, y apuró en dos tragos abrasadores y largos la copa mientras pensaba que había sido muy sagaz y prudente al usar la bolsa de papel para ocultar el maletín. Estaba inquieto, pero no padecía el hormigueo del miedo, esa sensación bien conocida por él, que

siempre comienza en el vientre y se extiende por el ahogo del pecho hasta alcanzar como una niebla espesa el cerebro. Esta vez no. Ahora tenía la suerte bien sujeta a su mano, la misma con la que agarró la bolsa para salir de allí obligándose a dar pasos lentos y seguros, sin apresuramiento alguno. Se puede beber de prisa y no llamar la atención, pero no salir huyendo.

Entró en el portal de las oficinas sintiéndose observado por el tercero del trío. No le cabía duda de que estaría apostado cerca, pero no hizo por buscarlo, pues un cruce de miradas podría ser tan delator como un grito de miedo. Pronto llegó hasta su mesa de trabajo y guardó la bolsa dentro de un armario a sus espaldas. Entonces se permitió dar un suspiro de alivio.

La mañana pasó rápida para Sabas con el agobio del trabajo, pues eran constantes las demandas de premura por parte de su jefe, y supuesto amigo, para que redujese la pila de papeles que se acumulaban incesantes sobre su mesa. Sólo en dos ocasiones Adrián se le acercó con las manos vacías de pólizas atrasadas, en apariencia para vigilar su eficiencia, pero su expresión era la de quien espera algo y no puede preguntar por ello. Al menos así lo interpretó el ladino diseñador de un plan que habría de consumarse a la tarde y no antes.

Y la tarde llegó con la ansiedad prendida al temblor en las manos de Sabas, que ya no era capaz de controlar la excitación por culminar su obra. A medida que las manecillas del redondo y gran reloj, colgado en la pared central de la oficina, se acercaban a las cinco, los segundos se volvían perezosos en su viaje circular hacia el número superior que indicaría el momento de la salida.

Sabas aún resistió la avidez de la premura hasta diez minutos antes de la hora fatídica para quitar la bolsa de papel al maletín negro.

-Toma, esto es para ti. De parte de Verónica y mía.

-¡Un maletín de ejecutivo! ¡Que detalle! Es muy lujoso, oye. ¿Y este adorno en los laterales? Zeta, hache...

-Pues eso, un adorno. Las iniciales de algún famoso diseñador. La moda, ya sabes. Dentro está tu reloj.

Sabas podía haber construido esa frase de manera menos evidente. Le faltó añadir “el reloj que ella te habrá anunciado, seguramente”. Pudo decir, en cambio, “y dentro hemos puesto un reloj”, por ejemplo, pero prefirió que el otro, durante el tiempo que lograrse pensar, lo hiciese con la duda carcomiendo tanta felicidad. En esas reflexiones se entretuvo Sabas mientras Adrián abría el maletín, desenvolvía el reloj, se quitaba y guardaba el suyo y probaba el nuevo en la muñeca y, por fin, metía varios papeles en el interior bellamente forrado de tan hermoso maletín de ejecutivo.

-Yo, que siempre me llevo a casa el trabajo en carpetas de cartón.

-Ya lo sé, Adrián, ya lo sé.

-Pues a las cinco en punto salimos a tomar algo juntos, que te debo una invitación por esto y también por tu cumpleaños, que yo no he tenido ningún detalle para contigo.

-Me quedo, Adrián, que aún no terminé el trabajo.

Poco más insistió el mencionado, aún sorprendido y sin dar con una razón lógica para el comportamiento dádivo del amigo ni para el extraño tono con el que mencionó lo del reloj; pero mejor dar por buenas las cosas buenas, se dijo con su forma de pensar sencilla y ajena a elucubraciones complejas.

Poco después, ya las cinco en punto, salió de la oficina y bajó las escaleras con una amplia sonrisa, el nuevo reloj en su brazo y en la mano portando el elegante maletín tan bellamente ornado con letras en relieve de algún afamado diseñador, seguramente extranjero.

Tras un minuto de espera, Sabas se lanzó a la ventana desde la que se veía la acera que recibía la salida del edificio. Estrujó su rostro contra el cristal para divisar bien lo que allí sucediese, y la desfiguración de su cara apretada contra el vidrio era la de un diablo cruel a punto de arrastrar un alma a los infiernos. No tardó en ver al odiado amigo andando camino de su casa con el maletín balanceándose al lado del cuerpo, y también distinguió enseguida a dos fornidos hombres que se colocaban a su lado. La joven guapa de la cafetería caminaba unos pasos más atrás.

## CAPÍTULO XV

Sabas llegó a su chalé con la euforia falsa de quien necesita ocultar el horror con exceso de risas, gestos y palabras. Su mente estaba empeñada en una lucha de ocultación que hacía de la realidad un dibujo distorsionado y colorista, sin más sentido que el inventado.

Guardó el coche en el garaje, saludando, de paso y con gestos desproporcionados, a su mujer, que charlaba con la vecina del adosado contiguo desde el minúsculo jardín del frontal de la casa. Bajó del vehículo, sin importarle todavía dar con un buen refugio para el dinero, y corrió con anormal soltura hasta las dos mujeres.

-¡Hola, hola, ya estoy aquí!

Ambas quedaron mudas, más por la rara espontaneidad de Sabas que por prestarle atención, y él desperdició unos cuantos minutos disertando sobre banalidades como el tráfico, la climatología o el cuidado del jardín. Hablaba con cierto atropello y gestos desmesurados, y soltaba de cuando en cuando una risa impropia y a destiempo. Cuando se despidió para entrar en casa, Verónica y la vecina se miraron sin emitir más juicio que el expresado en una mirada de entendimiento mutuo y media sonrisa de condescendencia. No les hizo falta vocalizar la palabra *bebido* para entenderse.

El resto de la tarde fue pasando según la monotonía cotidiana a la que tanto Verónica como Sabas estaban acostumbrados. Y aunque él aún permaneció bastante tiempo en el estado de alegría sin sentido, con el paso del tiempo fue calmando hasta que volvió a su ser taciturno de siempre.

Mientras Verónica distraía el silencio con un libro, él lo intentó con un informativo de la televisión al que no lograba prestar atención; en cambio sí comenzó a oír sus pensamientos, retenidos por el miedo no confesado hasta entonces.

Todo lo había hecho bien. Cada paso había contado con el beneplácito de los hados, y ni un solo error torció el destino planificado. Tampoco se arrepentía de nada. A estas horas Adrián habría sido castigado por toda su vida de felicidad y latrocinio. Ladrón de la vida que a Sabas le hubiera gustado tener, usurpador de amigos y ascenso laboral, ave de rapiña con Verónica en las garras. Tenía su merecido de tortura y muerte. Sin duda, esta noche su cuerpo roto yacería oculto en cualquier lugar solitario. Y entonces, si todo resultó como él había deseado, ¿por qué no le dejaba respirar ese punzón de miedo espetado en los pulmones? No era arrepentimiento, de eso estaba seguro. ¿Entonces qué? En algún lugar de la macabra historia por él diseñada había un error, un punto oscuro y de amenaza latente que no lograba discernir.

Los pitidos musicales del teléfono extrajeron a Sabas de las tinieblas del agobio, y se lanzó hasta el pasillo para ser él quien descolgase, lo que hizo bajo la atenta mirada de Verónica.

-No, Rosaura, no sé nada de tu marido. Salió un poco antes que yo de la oficina y no me dijo a dónde iba.

La conversación se prolongó varios minutos. Sabas dejó que la mujer de Adrián le contase que éste aún no había llegado a casa ni la había llamado por teléfono, que a su móvil no contestaba y que en el club de fútbol tampoco tenían noticias suyas. Así se lo narró Sabas a Verónica después de colgar. Logró que su voz fuese normal, distendida, y en el relato, según las

explicaciones de Rosaura, dejó entrever que la desaparición de su amigo bien pudiera deberse a alguna escapada festiva. Verónica negó con un gesto violento de la cabeza.

-¿Sin buscar tan siquiera una disculpa con su mujer?

Sabas estuvo tentado de responder que a cuál de las dos mujeres tendría que dar explicaciones, pero no quería tensar un hilo que no deseaba romper.

Nada más se dijeron. Verónica comenzó a estar inquieta y molesta; pasaba las páginas del libro que intentaba leer para después volver a la hoja anterior como si no hubiese entendido algo o, más bien, por no haber asimilado nada de la lectura. Fingía interés por el libro no sólo como máscara que ocultase el desasosiego ante su marido, sino también como freno al acoso de sus propios pensamientos. Adrián podría estar con otra que le hubiese echo descuidar la prudencia que ella le inculcaba o pudiera haber padecido un accidente o mil posibles más que hacían rebosar la mezcla aciaga de los celos y la incertidumbre. Además, la sensación de igualarse a Rosaura en la coincidente ansiedad nerviosa, identificándose de tal forma con ella, le desagradaba tanto que casi odiaba a su amante por no estar en su hogar, al lado de su esposa, y evitar así un parecido con la otra que no soportaba.

-¿Crees que Adrián conoce nuestra dirección? La nueva, quiero decir. Este chalé, ya me entiendes.

A Verónica le sonó la voz de Sabas como si le llegase desde muy lejos. La mujer seguía perdida entre dos páginas del libro y con el pensamiento atascado entre ellas, por eso tardó unos segundos en comprender que la respuesta que diese podría ser una confesión.

-Es amigo tuyo, tú sabrás si se la diste. ¿A qué viene eso?

Sabas hizo un gesto con la mano que no significaba nada concreto. Podía interpretarse como que no tenía importancia o que no quería seguir hablado de aquello.

-Voy a acostarme. Se me ha puesto un dolor de cabeza y...

Verónica quedó mirando a su marido, mientras él salía del salón sin terminar la frase, y su confusión aumentó. Lo más adecuado sería refugiarse en el silencio y la espera. Aguardaría, con solapada quietud, a que se aclarasen por sí solas todas las incertidumbres que habían aparecido en tan breves instantes. No podía hacer otra cosa.

Sabas, en cambio, sí había dado con la sombra que punzaba su mente desde hacía horas. Llegó a la habitación y abrió la ventana que daba a la calle, sacó medio cuerpo fuera y oteó hacia derecha e izquierda. Las farolas habían comenzado a iluminar la soledad apacible del final de la tarde. Un vecino volvía a su casa a pié, tras arrojar la basura a un contenedor, seguramente; otro, algo más distante, se bajaba de su coche. A los dos los conocía. El resto de la calle estaba vacío. Cerró la ventana mientras se decía que era un imbécil. El apresurado plan para deshacerse del amigo traidor tenía, ahora se daba cuenta, un error tan evidente que sólo la torpeza y las prisas explicaban haberlo ignorado.

Se acostó como quien busca refugio ocultando la cabeza en el sueño, aunque sabía que dormir era un bien imposible en aquellos instantes de miedo. Si se hubiera mirado al espejo habría visto la expresión ridícula que un adulto pinta en la faz cuando se siente indefenso, esa actitud que en un niño mueve a la lástima y procura la protección, pero que contemplada en un hombre que

cumplió, horas atrás, cuarenta años sólo es motivo de desprecio y un poco de asco.

Sabas se encogió con figura fetal bajo la sábana y la colcha, cuyo sencillo peso, a pesar de ser el de siempre, encontraba incómodo, quizá porque el propio cuerpo le impelía a la acción en lugar de mantener la actitud de un niño atrapado. Prefirió, en contra de lo que su instinto le sugería, cerrar los ojos en un remedo del sueño, aunque sus pensamientos continuaban mostrándole la imagen de un Adrián torturado, gritando el desconocimiento de un dinero que los otros sin duda le reclamarían en cada golpe. Veía, sentía, adivinaba cómo su amigo decía que el maletín era un regalo de un tal Sabas Pérez, porque hoy era su cumpleaños. Y la *banda de los tres* reiría con el estruendo de quien tiene los puños sobre la cara magullada de un hombre atado, ya sea a un árbol, una silla o a la rueda de un coche. Reirían, sí, al escuchar disculpa tan pobre, pero no iban a cejar en su búsqueda del dinero: antes de verlo dispuesto a morir, comprenderían que estaba diciendo la verdad. Después aparecería en sus preguntas el interés por ese Sabas Pérez y dónde vivía. Al final enterrarían el cuerpo de un posible delator y saldrían en busca de la nueva víctima, quien sería para ellos el siguiente eslabón en su objetivo. Todo esto eran divagaciones, bien lo sabía el asustado hombre que se encogía bajo las mantas, pero la lógica con que estaban cargadas tenía la contundencia del plomo.

Tras soportar varios minutos la pesadilla que él mismo imaginaba, la capacidad para arrostrar el pavor superó el límite de su tibieza y salto fuera de la cama, se vistió con la torpeza de quien es urgido por empellones invisibles y corrió hacia el salón, refugio de Verónica fingiendo leer. Antes de hablar con

ella, se le ocurrió tantear la puerta de la calle por ver si estaba bien cerrada, después, creyó oportuno revisar todas y cada una de las ventanas, asegurándose también de su cierre.

Verónica miraba a su marido con asombro y miedo. Le había oído salir de la habitación y recorrer la casa comprobando que todo estaba bien atrancado. Dejó caer el libro en el que no había logrado concentrarse como recurso para el olvido, y esperó que el hombre dejase de correr por las habitaciones empujando las ventanas. Algo estaba a punto de suceder, y sólo se le ocurría pensar que se hallaba encerrada con un loco, pero no atinaba a emprender ninguna iniciativa, pues ante las situaciones inverosímiles no le cabía otra cosa que el desconcierto inmóvil.

-Tenemos que irnos de viaje mañana temprano; esta noche, mejor. Sí, ahora mismo podemos preparar las maletas y nos vamos.

Escuchó las palabras nerviosas de su marido como si las hubiera pronunciado en un idioma incomprensible, y necesitó un tiempo largo para asimilar la incongruencia de su significado. Cuando las dio por entendidas, sólo pudo decir, con el esfuerzo de quien teme enfrentarse a un demente, que su padre estaba enfermo y no podía abandonarlo.

-Tu padre ya está bien, ya mejora. Tenemos que irnos.

Mientras respondía, Sabas miraba a través de la ventana y volvía a poner sus manos en el cierre para asegurarse de su hermetismo con reiteración desmedida, y poco después volvía a la puerta que, de nuevo, empujaba, comprobando la seguridad del preciso anclaje al marco. Verónica, aún sentada, seguía los movimientos de su marido con una preocupación que iba en aumento y le bloqueaba cualquier indicio de inteligencia. Intentaba

reaccionar para imponer cordura, pero antes necesitaba saber qué estaba ocurriendo y asentar en la lógica del conocimiento su posible respuesta ante aquella sinrazón.

-Explícame lo que ocurre.

Sabas no parecía escucharla, atareado en ir de una a otra habitación y mirar por las ventanas. Cuando por fin detuvo sus agitados pasos, fue para quedarse pensativo y mudo, pero sólo durante unos instantes, pues enseguida comenzó a correr por el pasillo y descendió las escaleras que daban a la cochera, mientras gritaba:

-La tengo en la guantera del coche, ahora vuelvo. Vete haciendo las maletas.

En el instante que Verónica se incorporaba para seguir a su marido y encontrar alguna luz entre tanto despropósito, llamaron a la puerta. No fue el dulce timbre din-don, sino unos golpes secos y contundentes sobre la gruesa madera. La mujer quedó quieta a un paso de la puerta de entrada, pero sin atreverse a abrirla. La voz de su marido se oía desde la cochera como el eco de gritos histéricos.

-¡No abras, Verónica, no abras! Ya tengo la pistola.

Ella permaneció inmóvil, sin acertar a decidir si el peligro estaba allí dentro con su marido o en el misterio de afuera. Volvieron a golpear la puerta con sonidos nerviosos y contundentes.

-¡Verónica, soy yo, Adrián! ¡Abre, por favor!

La voz de Adrián, apagada por las maderas reforzadas de la puerta, sonaba dañada y lastimosa, parecida al llanto de un hombre caído en el agotamiento y la desesperación.

Verónica giró la llave con movimientos rápidos, aunque torpes, y abrió. En el marco de la puerta apareció el cuerpo levemente encogido de Adrián; su cara magullada y sangrante expresaba el límite del dolor, pero sus ojos no la miraban a ella, sino un palmo a su izquierda. La mujer, con la lentitud que se supone en el tiempo inseguro de los sueños, volvió su rostro para perseguir la mirada de su amante, y vio, casi a su lado, a Sabas con la cara descompuesta y los ojos desquiciados por la fiereza del terror. En su mano alzada mantenía una pistola que temblaba apuntando hacia Adrián. El disparo se escuchó como un portazo violento.

## CAPÍTULO XVI

Horas antes de su muerte, Adrián era un hombre feliz. Consideraba que la vida se había portado con él de acuerdo a sus deseos. Era sencillo vivir y ser feliz, ¿por qué algunos se lamentaban de continuo? Sólo había que desear las cosas y colocarse a su lado. Nada más que eso, el resto llegaba empujado por la inercia que tiende a lo cercano. Ese aforismo para ser dichoso era una verdad absoluta que nadie, excepto él, parecía conocer.

Ese último día, Adrián caminaba por la acera con el porte distinguido que siempre gustaba mantener. Su figura erguida y el taraje caro, junto con el andar decidido y la sonrisa expuesta para quien la quisiera recibir, imponían su presencia en el entorno que atravesaba. Además, con el hermoso maletín regalado, trofeo de cazador con suerte, se notaba distinguido y diferente al resto de apresurados viandantes que portaban su vulgaridad evidenciada en miradas de envidia hacia él. Así era y no tenía intención de evitarlo. A nadie obligaba para que hiciese de sus pasos un camino de errores y arrepentimientos. Él no era culpable de nada más que su dicha. Gente como Sabas no podía reprocharle nada, pues su apocado amigo perdía en la vida todo aquello que no sabía abrazar con fuerza. También estaba Rosaura, por supuesto, otra perdedora a la que no deseaba hacer más daño que el necesario cuando llegase el momento; y es que resultó una mujer que no daba alegría a su existencia, sino gritos a destiempo. Sí, era una buena definición para ella y un adecuado epitafio para su matrimonio.

Absorbido por esas meditaciones complacientes, no percibió el momento en el que dos robustos hombres comenzaron a andar a su lado con una

cercanía que se alejaba de todas las normas al uso entre paseantes. Cuando fue consciente de la presencia pegajosa de los otros, intentó sonreír para evitar una muestra de indefenso nerviosismo, pero el dibujo de la boca quedó en una mueca ridícula de incompreensión cuando uno de ellos le sujetó por un brazo y en su abdomen notó la presión puntiaguda de algo duro que buscaba penetrar, aunque se contenía en el límite preciso de esa intención.

-Esto es una navaja, y si no viene con nosotros en silencio, le abro las tripas aquí mismo.

Adrián, quizá por última vez, mantuvo la cordura suficiente para buscar, con la mirada, ayuda a su alrededor entre los que transitaban al lado de aquella pesadilla de esperpento.

-Si grita, lo único que hará la gente será apartarse del charco de sangre. Venga con nosotros, sólo queremos hablar.

Caminó en silencio al lado de los dos custodios hasta un coche, y una mujer abrió la portezuela de atrás por donde le metieron de un empujón. La visión de personas andando por la acera como si no pasase nada, fue la última que tuvo de un mundo con apariencia real.

Tardó en comprender lo que buscaban. Antes asistió atónito a la apertura de su flamante maletín y soportó con dignidad fingida y confusión cierta las insólitas preguntas con las que fue acosado durante un viaje hacia las afueras de la ciudad. La mujer conducía con lenta prudencia, y los dos hombres, a su lado en el asiento trasero del coche, le aturdían con interrogantes para los que no tenía más respuesta que el desconcierto.

Un poco más tarde, ya fuera del coche, tras los primeros golpes, Adrián comenzó a comprender la confusión de la que era víctima; y antes de escupir la

primera sangre, ya había intuido la encerrona en la que había tropezado y que su vida dependía de aquella información que le exigían.

-¡Sabas, fue Sabas!

-¿Quién? ¿Un socio suyo?

-Sabas Pérez, trabaja conmigo.

Adrián, caído entre los escombros del abandonado edificio en ruinas que daba impunidad a sus captores, tuvo de pronto la lucidez de lo que iba a ocurrir. Aquellos tres buscaban un dinero que el traidor de Sabas habría conseguido sabe Dios cómo; a él lo matarían para que no los identificase; irían después a casa de Sabas para recuperar lo que era suyo y se desharían de los testigos molestos como Verónica. Entonces tomó una decisión impropia de él y de cualquier hombre indefenso y débil: salvaría a Verónica. Con su silencio la apartaría de la muerte segura a manos de estos animales salvajes. No daría la dirección que ellos querían sacarle a golpes. Sería un héroe destrozado, aunque sólo para sí mismo, pues su cuerpo sería hallado entre aquellas ruinas sin explicación que justificase su muerte. Nadie tendría conocimiento del acto de valor que dignificó sus minutos finales. Iba a regalar la victoria a Sabas para salvar a Verónica, y ese acto de generosidad le dio la fuerza suficiente para soportar los nuevos golpes que no tardaron en llegar.

Los dos torturadores detuvieron unos instantes el trabajo de demolición sobre el cuerpo de Adrián, cansados, sin duda, y sabedores de que su víctima les era necesario consciente y en manera alguna muerto. La mujer, siempre a unos metros de la brutal paliza, les hizo un gesto y se impuso un tiempo de descanso y recuperación en medio de un silencio que auguraba nuevos golpes

y más preguntas. Adrián cerró los resignados ojos a la espera de una nueva andanada de dolor.

De pronto, el sonido repetido y estridente de un claxon rompió la escena muda y tensa. Adrián abrió los ojos y vio un coche a varios metros de distancia; dentro, un hombre asomaba la cabeza por la ventanilla y gritaba algo sobre avisar a la policía mientras seguía con su mano haciendo sonar los pitidos de la libertad.

Los dos golpeadores corrieron hacia su coche, y la mujer arrancó en cuanto entraron, perdiéndose todos ellos tras los muros medio derruidos que hasta entonces les habían protegido. Mientras, el oportuno salvador se acercó al cuerpo tendido de Adrián y le ayudó a ponerse en pie.

-No está tan mal, amigo. Una ceja rota y un labio partido, también algo de sangre en la nariz, pero ha salido de esta. ¿Le llevo a su casa? ¿Quiere que llame a alguien?

-Lléveme a casa de Verónica.

-¿A dónde?

-Él querrá matarla también.

-¿Dónde dice que quiere ir?

-Tengo que avisarla, por favor. Yo le indico.

Media hora más tarde, cuando se enfrentó al cañón de la pistola con la que Sabas le apuntaba, pensó que la suerte, sempiterna compañera hasta entonces, había quedado suspendida en el último pitido del claxon salvador.

## CAPÍTULO XVII

Nadiuska condujo despacio, procurando mantener gran distancia con el otro coche, pues en caso de perderlo en alguna bifurcación siempre quedaba el recurso de que su cómplice los informase por el teléfono móvil del destino final que tendría aquel viaje. No hizo falta, pues el chico contratado no sólo era un buen fingidor como samaritano, sino que además sabía conducir para ser seguido con facilidad.

La estratagema ridícula había tenido el éxito de todas las mentiras simples, sobretudo cuando son deseadas, y su hombre del maletín dejó que el anzuelo se le incrustara en lo más profundo de la boca. La fría mujer reconoció que no esperaba haber llegado a este punto, pero se sintió orgullosa de preverlo. Lo cierto era que el chupatintas estirado había aguantado la paliza con una entereza que la sorprendía: los ciudadanos flojos y de vida tranquila no suelen soportar ni la insinuación de un puño ante las narices. Éste, en cambio, mantuvo la resistencia más allá de lo común. No le desagradaba el tipo. En otras circunstancias podría haber sacado algo de él, ese algo que nunca encontraba en los hombres. Pero ahora el trabajo imponía su disciplina férrea, y se concentró en seguir al coche que los dirigía hacía el dinero. Al menos eso esperaba, porque si el admirable héroe pedía ser conducido a un hospital o a una comisaría, el buen samaritano que le ayudaba se detendría para que ellos lo recuperasen. De todas formas, esto no era previsible, pues los golpes no fueron tan duros y quien tiene una fortuna que ocultar no se dirige a la policía. Este elegante ciudadano, aún golpeado y con miedo, iría en busca de sus compañeros, aquellos que tendrían el botín regalado por el tonto parlanchín de

Zenón. Así pensaba Nadiuska, mientras circulaba despacio por la calle solitaria de una tranquila urbanización a las afueras de la ciudad, ahora a pocos metros del vehículo al que seguía.

La tarde se desgastaba y las farolas comenzaron a destruir la oscuridad incipiente. Nadiuska observó que el coche de delante no parecía muy seguro de a dónde ir, pues dieron varias vueltas por la zona que circulaban. Se cruzaron con un vecino que llevaba una bolsa de basura y con otro coche que iniciaba la labor de aparcar; giraron en dos o tres ocasiones y volvieron a una de las calles por las que antes habían pasado. Por fin, el vehículo de la víctima se detuvo frente a una casita igual a todas las demás. Habían llegado a su destino.

Nadiuska y sus dos compañeros vieron salir tambaleante a su prisionero, que aún lo era sin él saberlo. El otro cómplice, falso salvador, esperó al igual que ellos dentro de su propio vehículo. Había que estudiar el terrero, asegurarse de la ausencia de peligro. El tiempo parecía sobrado. Si aquella era la casa de quien poseía el dinero, nadie iba a escapar de ella.

Un minuto después sonó el disparo, y Nadiuska supo que disponía de muy pocos minutos antes de que apareciese la policía. Salió del coche con sus dos matones e hizo una señal al otro para que vigilase la calle. Llegaron a unos metros de la puerta que enmarcaba el cuerpo de su apresado; sobre él, una mujer gritaba desesperadas palabras de amor, y cerca de ella un hombre sostenía una pistola que apuntaba hacia su nuca.

El Choni sabía muy pocas cosas, pero una de ellas era que cuando se hace frente a dos y uno de ellos tiene un arma, siempre se va primero contra el

que empuña el peligro. Apuntó su pistola y escuchó a Nadiuska ordenarle quietud cuando ya había apretado el gatillo.

-¡Maldita sea, Choni, eres un cabrón!

Nadiuska no perdió un tiempo que se le deshacía entre las manos y dejó de gritar a su compinche. Al menos les quedaba viva la mujer. Se lanzó hacia ella, la levantó del suelo y le abofeteo dos veces el rostro.

-Rápido, dónde está el dinero o te quedas como estos dos.

Por toda respuesta no obtuvo más que gritos entrecortados que se ahogaban en una garganta incapaz de superar los límites del horror.

Kolo, un par de metros más atrás de las dos mujeres, miraba hacia la calle. Vio que de las casas vecinas asomaban cabezas escrutadoras, después observó que los ojos de aquella a la que agarraba su jefa estaban en blanco. Comprendió que allí no podían hacer más.

-De esta puta no sacamos nada, y ya no tenemos tiempo.

Nadiuska también lo entendió así, y soltó a la otra, que se fue al suelo como una hoja desprendida.

El sonido, lejano aún, de una sirena policial fue la señal para que todos comenzasen a correr hacia sus vehículos y huyesen, dejando que la calle recuperase un silencio efímero.

## CAPÍTULO XVIII

Dos semanas después de la pesadilla, Verónica aún no recordaba con claridad todo lo acontecido en aquellos minutos interminables. Los sucesos ocurridos se presentaban ante sus ojos como las imágenes inexactas de un sueño intenso, pero al que no se logra acceder en todos los detalles. Quería entender y al tiempo deseaba olvidar, contradicción que la atormentaba, ya que no podía decantarse por ninguno de los dos polos opuestos. Las explicaciones dadas por la policía sólo aumentaron su confusión, sobretodo cuando atraparon a aquellos maleantes que asaltaron su casa y le hablaron de una fortuna que su marido tendría escondida, quizá con la complicidad de Adrián, y que era lo que perseguían los rufianes. Era todo un cúmulo de despropósitos. Sabas y Adrián conjuntados para guardar un dinero sin ella saberlo. Imposible, pero nada importaba ya. Era una viuda doble y el dolor había dado paso al vacío y el abandono de sí misma como refugio ante el desconcierto. Perdía con frecuencia la noción del tiempo, olvidaba las cosas más comunes y se despistaba en los detalles simples y cotidianos, incluso el día anterior al registro de su casa por parte de la policía había visitado a sus padres usando el coche de Sabas sin darse cuenta. Pasó la tarde con el silencio de su padre y los llantos de su madre, y cuando se despidió de ellos, al no encontrar su propio vehículo en la acera, tomó un taxi para regresar. La mente le hacía esos extraños giros, lagunas a las que ya no daba importancia.

Un día la llamó Rosaura por teléfono, parecía adormilada, según se podía deducir por la trabazón de la lengua y la lentitud de las palabras. Usaría pastillas para engañar al recuerdo y la angustia, también para calmar la dispersión de su mente, pensó Verónica.

-Soy Rosaura. ¿Tú entiendes algo de todo esto?

-La policía te habrá contado lo mismo que a mí. Yo no sé más.

-¿Pero que hicieron esos dos?

-Sabas nunca me dijo nada, ¿y a ti Adrián?

-Nada.

Poco más duró la conversación, que sin Rosaura saberlo tuvo como despedida el llanto compartido por el mismo hombre.

Con el paso de los días y la fuerza para superar el miedo de las noches solitarias, Verónica fue hallándose a sí misma de nuevo. Se había obligado a continuar viviendo en su casa y no en la de sus padres, a pesar de los esfuerzos de estos por llevarla consigo, pero ella había decidido afrontar el caos en soledad, y estaba logrando vencerlo. Era fuerte, y esa convicción había sido la boya a la que se agarró en la tormenta. Ahora las aguas remansaban y se encontraba dispuesta para seguir su destino, cualquiera que fuese el lugar adonde éste tuviera por bien llevarla.

Lo primero que decidió la mañana de su resurrección, tras un despertar en el que no gritó al abrir los ojos, fue recuperar el coche de Sabas, olvidado junto a la casa de sus padres y que después no quiso recoger por ese miedo no reconocido a los fantasmas. Más tarde se acercaría a una tienda de ropas para darse un capricho innecesario, seguiría su hazaña con una visita a la

peluquería y unas horas después iría al cine, y puede que en el inicio de la temible noche se animase a cenar sola en Yedra, aunque no estaba muy segura que pudiese lograr esto último, pero lo iba a intentar. Se impuso la obligación de vencerse a sí misma pisando todos sus miedos y soledades aunque comprase ropa que nunca estrenaría, peinase un tocado que destruiría esa misma noche, no entendiese las risas de los espectadores en una película que no vería o no lograra tragar un bocado en la mesa elegante de Yedra. No le importaba ninguno de esos inconvenientes, ella saldría victoriosa en la lucha por sobrevivir.

A media mañana, acompañada por un sol que finalizaba Noviembre sin calentarlo, fue en taxi hasta la calle de sus padres, pero no logró templar su ánimo lo suficiente para visitarles. Ese día no deseaba llantos ni más silencios que los suyos. Sí pudo, en cambio, apretar lo dientes, espantar los miedos y recoger el coche de Sabas, y con él fue de compras, intentando la apariencia de la vida normal, para que lo cotidiano, poco a poco, impusiese el ritmo tranquilo de la salvación. Se cargó con una blusa y un fular, suficiente despilfarro para olvidar en cualquier percha. Y poco después llegó a la peluquería, donde la dueña del lugar se dejó convencer para atenderla sin gran demora y con el considerado detalle de no mencionar ni una sola vez el drama que había conmocionado a toda la ciudad.

Cerca de las dos de la tarde aparcó junto a su chalé, satisfecha por la victoria alcanzada, y preparó una frugal comida que se obligó a tragar. Mientras masticaba con esfuerzo un pescado insípido y observaba, a través de la ventana, el coche de su difunto marido, no pudo evitar que las garras del miedo

arañasen durante unos segundos su espina dorsal, como si aquel cascajo con ruedas tuviese largos tentáculos que la alcanzasen.

Lo que Verónica consideró como una debilidad paranoica producto del recuerdo, quizá no era más que la acertada intuición que su cerebro no quiso asimilar, conformándose con dejar pasar sobre sí la sombra de una fantasía en la que el coche tenía una fuerza latente en su interior, algo vivo que provocaba la muerte con su cercanía. Y ahora era suyo. Pero enseguida aventó lejos de sí los malos augurios con un grito contenido en voz de sordina para seguir cortando pedazos de pescado. Fuera fantasmas de su vida.

-¡Vale ya!

Comenzó la tarde en el sofá del salón, revisando, un poco adormilada, la cartelera de cine en un periódico. Buscaba una película con humor, sin ninguna complejidad y que no fuese romántica; pedir que además la entretuviese durante casi dos horas ya le parecía excesivo. Pudiera ser mejor una de suspense, pero sin sustos ni violencia, algo de espías raro y complicado; no haría ningún esfuerzo por entenderlo, pero la distraería si la trama mantenía con un mínimo decoro la lógica. Entonces, ¿una de humor o de intriga? En medio de esta duda banal escuchó, Verónica, el timbre dulce de la puerta, un din-don de cadencias melosas, aunque de origen eléctrico, y que no sirvieron para evitar el sobresalto de la mujer y la rigidez de su cuerpo a la espera de un imaginario golpe.

Antes de abrir oteó a través de la mirilla para comprobar quién era la visita, y su desconcierto fue tan grande que tardó varios segundos en tomar una decisión. Tras la segunda llamada, abrió.

-¡Rosaura, que sorpresa!

La viuda de Adrián se adentró en la casa con movimientos inseguros. Su caminar torpe y la sonrisa forzada, casi teatral, junto con la mirada huidiza e inquieta no pronosticaban un estado emocional asentado en la cordura. Aún así, Verónica se obligó a aparentar la naturalidad de una correcta anfitriona, además de camarada en el dolor reciente, e invitó a la otra a reposar su intranquilidad en uno de los sillones del salón de estar. También le ofreció algún tipo de infusión reparadora para tranquilidades perdidas, pero Rosaura, tras sentarse, no aceptó la tacita de tila, y el rechazo lo significó con un gesto corto y violento del brazo, como si no pudiera dominar sus propios músculos y estos adquiriesen vida propia y compulsiva. Además, persistía en mantener una sonrisa falsa, forzada hasta la repugnancia; efecto que intentó disimular Verónica con otra falsedad, la de quien finge no darse cuenta.

-Te veo muy bien, Rosaura. Después de lo que hemos pasado...

Verónica tomó asiento frente a su invitada, que no hizo ningún comentario a la frase de su compañera en la reciente viudedad; al contrario, persistió en un silencio plagado de movimientos involuntarios y a destiempo, junto con aquella sonrisa fuera de lugar. Debido a esta falta de entendimiento entre las dos mujeres se produjo un silencio de los llamados incómodos, que en este caso más bien parecía el esperpento de una situación que nunca se tendría que haber dado. De tal forma lo entendía Verónica, que buscaba con ansia frases para quebrar el espacio vacío del mutismo ridículo.

-¿Y cómo lo llevas, Rosáura? ¡Ay, perdona, qué pregunta más a tonta!

El arrepentimiento por la simpleza llegó tarde, y la aludida fijó, por fin, sus ojos en quien le preguntaba con tal estupidez sobre aquello para lo que ambas no deberían tener palabras, y mucho menos tan vulgares.

-Para ti esto es...

Rosaura tardó un tiempo demasiado largo en encontrar la expresión que deseaba.

-... un divertimento, ¿verdad?

-No, no... me he explicado mal, entiéndeme.

-Un divertimento, eso es. Te ríes mucho con esto que me pasa.

Rosaura introdujo una mano en su bolso y sacó un reloj: el regalo de Adrián. Las dos mujeres miraron en silencio aquel objeto durante tantos segundos que el tiempo parecía correr sólo dentro de él. Incluso Verónica creyó escuchar su tic-tac llenando toda la habitación con el estruendo de un tambor, pero pronto perdió el engaño de ese sonido imposible en cuanto la otra volvió con su voz nerviosa y ahora entrecortada.

-La policía me ha entregado las pertenencias de mi marido. Y allí estaba este reloj que no reconocí. Les dije que no era de Adrián, pero insistieron. Fue al darle la vuelta y leer lo que tenía grabado cuando lo entendí: "De Verónica con amor".

-No, eso no es posible. Yo no ordene grabar nada... y Sabas no podía saber... ¡Fue Sabas!

El brillo de una fría hoja de afeitar apareció en la mano de Rosaura. Sus ojos, con el mismo brillo que la fina cuchilla, paralizaron a Verónica, que vio, impotente, cómo la otra mujer abría una profunda brecha en una de sus propias muñecas y después, tras cambiar de mano el afilado instrumento mortal, se

producía una nueva zanja atroz en el otro brazo. La sangre de Rosaura comenzó a salir de las dos heridas como un manantial inesperado, al tiempo que alzaba los brazos frente Verónica y dejaba que las fuentes de muerte la alcanzasen con salpicaduras viscosas y calientes. También sus palabras eran piedras arrojadas con la fuerza de la locura.

-¡Mira, puta, mira lo que me has hecho!

Verónica despertó con el sobresalto de quien duerme en un sillón e intenta incorporarse de una cama imaginaria. Algunas partes de su cuerpo le dolían por la postura incómoda, pero pronto dejó de pensar en molestias pasajeras. Había sido un sueño, ¡bendito Dios! Aún así, sacudió su falda con un movimiento impremeditado de las manos, como si limpiase una sangre improbable que humedeciese el recuerdo. Dio un manotazo a sus piernas, rechazando la falsa mancha, y corrió hasta la cocina para beber un vaso de agua del grifo. Despierta por completo, fue incapaz de lanzar al aire la risa tonta que hubiera deseado para espantar los fantasmas evocados, pero sólo alcanzó a rogar que, como todos los sueños, éste desapareciese lo más pronto que la memoria tuviese a bien.

Para seguir viviendo necesitaba olvidar a Rosaura, esa mujer desequilibrada, que sin duda seguiría arañando el recuerdo de un cadáver. También era preciso dejar tras la niebla espesa del recuerdo a su marido, un hombre apocado y tan culpable de vacíos insufribles en sus años de tibieza y aburrimiento, como loco inocente en el momento de la demencia asesina; y por fin, tenía que apartar de su memoria el amor irrecuperable de Adrián. Eso era todo lo que pedía al Dios de los naufragios.

Con el vaso de agua en la mano, Verónica miró por la ventana el viejo coche, heredad de su difunto, y no tuvo otra idea mejor, para distraer el tiempo y aliviar así los pesares, que introducirlo, un poco más tarde, en la cochera y entretener su dolor dando una buena limpieza a aquel trasto.

**FIN**